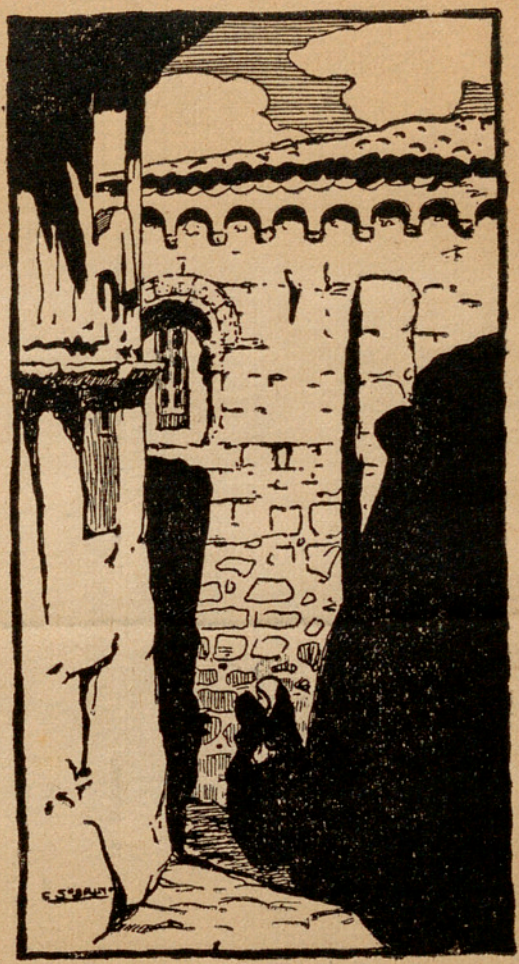
DEL ARTE GALLEGO

EXPOSICION REGIONAL DE 1917

BOCETOS DE CRITICA POR ALEJANDRO BARREIRO

PRÓLOGO DE ANTONIO VILLAR PONTE



LA CORUÑA

ART[GAL]1917.Ba

BARREIRO (1917)

INSTITUTO AMATLLER DE ARTE HISPÁNICO

ALEJANDRO BARREIRO

DEL ARTE GALLEGO

EXPOSICIÓN REGIONAL - 1917

(BOCETOS DE CRÍTICA)

PRÓLOGO DE

ANTONIO VILLAR PONTE

LA CORUÑA

La Coruña: 1917.—Imp. de "La Voz de Galicia"

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPANICO

Cartel anunciador de la Exposición,
original de **Sobrino Buhigas.**

PRÓLOGO

Alejandro Barreiro, atendiendo los plausibles requerimientos de varios amigos y compañeros, se ha decidido a coleccionar en este libro las impresiones y juicios que le sugirió la Exposición de Arte Gallego. Los artículos y crónicas que ha publicado en "La Voz de Galicia"—artículos y crónicas escritos a vuela pluma, en los cuales el subjetivismo del autor se asocia, porque el buen periodista no puede prescindir de ello, con el colectivo criterio "medio" intelectual del momento —ahora adquieren la "fijeza" que la hoja volandera y cotidiana no puede darles.

Y tal decisión nos parece un acierto. Coleccionar periódicos diarios no es cosa que acostumbre a hacerse. En los periódicos diarios es donde se ha reflejado con minuciosidad reporteril, con aquilatamiento de los hechos, cuanto a la Exposición de Arte Gallego atañe. Y como esta Expo-

sición obtuvo un éxito feliz, superior a todo lo anhelado, hasta el punto de recabarse con ella para nuestra tierra el prestigio de una espléndida personalidad pictórica naciente que se nos venía negando por los extraños y de la cual aún nosotros mismos dudábamos, tiene todo el hondo interés de un hecho de transcendencia, merecedora de historia. Y la historia, que para resultar tal historia, para que merezca este nombre, no puede ser escrita por coetáneos de los hechos a estudiar, precisa, sin embargo, datos de los que vivieron esos mismos hechos como base sólida de la futura y serena especulación. ¿No ha de ser plausible, por lo tanto, todo intento bibliográfico en torno del certamen que nos ocupa? Alejandro Barreiro cumple, ipso facto, *como buen gallego, como gallego inteligente y comprensivo al atender el requerimiento de los amigos, decidiéndose a coleccionar, dándoles estado perdurable, sus impresiones del momento, a veces un poco suavizadas por la benevolencia, en orden a razones fáciles de comprender.*

Uno de los más graves delitos que puede cometer un periodista que de tal se precie, es el de la inoportunidad, conforme dijo cierto ilustre pensador. El buen periodista es oportuno, debe ser oportuno siempre. Y ¿necesitamos exultar la oportunidad de este libro de Alejandro Barreiro? Hay cosas que se recomiendan por sí solas.

Ahora bien. ¿Por qué se me ha encomendado a mí la confección del presente prólogo? — No hablo de presentación, porque las presentaciones literarias, al igual que las de sociedad, son, a mi ver, una solemne tontería, puesto que cada uno se presenta a sí propio con sus pensamientos y sus obras, y además el autor de este libro ya es hombre ventajosamente conocido en toda Galicia, que dirige un diario muy importante.

Si fué por razones de compañerismo, mal hecho desde luego, habida cuenta de que hay compañeros de mayor competencia que el que esto escribe. Si fué, en cambio, atendiendo a la modesta pero inconfundible significación de mi "yo" regional, entonces nada tengo que reprochar. Es el momento histórico de fijar valores, de poner de relieve las voluntades en acción y pasión, armadas con la flecha del anhelo. Y la mía, que alumbró un libro, un pequeño libro desbordante de emotividad, donde vive—empleo la frase de Mauricio Barrés — mi persona viva encarcelada, atenta a producir en el fondo de las conciencias la inquietud precursora del despertar del alma esclava y dormida del terruño, puede servir de ejemplo—y perdonadme la inmodestia que a veces resulta una fuerza—a la juventud, a nuestra juventud, aún ¡inolvidable Curros! más de sapos que de estrellas.

Si la originalidad es una cuestión de nombre, una nominalización apropiada, como dijo Carly-

le, yo tuve la suerte de significarme originalmente al resellar con el cuño de una palabra nueva—la palabra nacionalismo, *que me impone sacrificios y desgarramientos interiores—esta santa inquietud gallega que palpita en los senos de la raza, llegando al corazón de los políticos, de los literatos, de los poetas y de los artistas, como síntoma de una preñez espiritual de la que surgirá reivindicada y redimida la personalidad de nuestra tierra bajo el fecundo sol del "novecentismo" que alumbra la más grande tragedia que han visto los siglos y a cuyo resplandor siniestro podemos columbrar el inalienable derecho a la vida de las nacionalidades naturales.*

Abundando en esto y refiriéndose a la Exposición que nos ocupa, ha dicho con feliz gesto platoniano el culto y sereno crítico Ramón M.ª Tenreiro, que hay momentos en que el arte es peligroso y que si él fuese un tirano miraría con recelo a los artistas. Nada más acertado y oportuno, cual luego advertiremos.

Las tierras del Noroeste español juzgábanse—y Alejandro Barreiro os lo hará observar—punto menos que estériles para la producción de artistas del pincel. Como sólo se pintaban y se hacían plásticas "cosas" castellanas, levantinas y meridionales, pudo decir Fouillée, pecando de lamentable ligereza, que en España la raza es "extremadamente uniforme: raza dolicocéfala de talla pequeña", naciendo de aquí esos juicios con plan-

tilla, afirmaciones geométricas, de cartabón y compás, que cristalizaron lo mismo aquende que allende los Pirineos, en un falso tipo centro-meridional, representativo común del español. Falso tipo ampliado por la música de Albeniz, Chapí y Bretón, y universalizado por la de Bizet. Como si no se dedujeran, verbigracia, según el agudo dicho de Acebal en su estudio del espíritu astur, de los rasgos que recortan la silueta del castellano, por oposición los rasgos del montaraz cántabro—y lo que se habla de los cuerpos aplíquese a las almas. Como si ante la "distribución del índice cefálico de la Península" hecha por Olóriz, no nos convenciéramos de la convivencia en el país ibérico de los tres tipos de Lapouge: Homo europeus, Homo alpinus y Homo mediterraneus, *perteneciendo, por cierto, gallegos y cántabros, propiamente dichos, al primero.* (*)

Mas era creencia general en España—porque el criterio científico siempre estuvo lejos de nosotros, como puede comprobarse con obras de Menéndez Pelayo y de Rubio a la vista—la de que los grandes pintores tenían que ser "hijos de la luz". Creíase que sólo podían producir grandes

—(*) *El inglés Bukle dijo que todo el atraso mental del español consiste en la sequía de la tierra y en el calor del ambiente. Y en esta generalización absurda van incluídos los habitantes del Norte y Noroeste peninsular donde abunda el agua y escasea el sol, lo mismo que en Inglaterra, precisamente. Schulten, aunque de modo indirecto, nos hizo una relativa justicia.*

pintores las tierras de sol y de cielo azul. (¿De los escritores literarios no podría decirse algo parecido hasta hace poco?)

El Noroeste de la península, conforme a tal creencia, quedaba condenado a no poseer jamás una escuela de pintura. Produciría, en todo caso, algún artista aislado, como por excepción. Pero la conservación de las tradiciones pictóricas estaba reservada para Levante, Andalucía y las Castillas.

Los hechos parecían mostrarse de acuerdo con esta teoría. En estudios doctrinales se generalizaba dogmáticamente sobre el particular. Triunfaban, en efecto, los artistas valencianos, catalanes, castellanos, andaluces. Era caso raro el de un Zuloaga, vasco, traspasando las fronteras en alas de una alta y fecunda genialidad, aunque Zuloaga en la pintura devenía centro-meridionalista, recordándonos al poeta cubano Heredia, poeta sin patria, ya que escribió en francés.

Mas hete aquí que, de pronto, en Basconia comienzan a surgir pintores y pintores de mérito, como los Zubiaurre, Maeztu, etc., pintores que traen un sello nuevo a las Exposiciones de Bellas Artes de Madrid, capaz de inquietar a la crítica. Y entonces la teoría de los que venían haciendo de la pintura un patrimonio y un matrimonio *de las tierras de sol, comenzó a tambalearse.*

Sin embargo, aún contaba con muchos adeptos. Fué preciso para que la verdad se restableciera

en todo su valor, que Galicia entrase en liza, como ya de modo tímido entrara Asturias. Galicia, de un modo rápido, sorprendente, comenzó a alumbrar pintores, precursados por literatos que sólo adquirieron personalidad cuando acertaron a volver sus ojos al genio "nacionalizado" de la raza que se llama Eca de Queiros. *Varios de estos pintores han hecho recientemente Exposiciones individuales en Madrid, en Barcelona y otros pueblos. Y ahora ya, en la última Exposición nacional, lograron imponerse, junto con los vascos, para dar el definitivo golpe de gracia a la extraña teoría que hace dimanar el genio pictórico de una naturaleza soleada. Es más, con el triunfo de vascos y gallegos, llegó a decir la crítica imparcial que para el progreso de la pintura española se hacía preciso contrastar lo* charro *de la escuela meridional, ya rayano en el hastío, con la sobriedad jugosa y serena de los pueblos del Noroeste.*

Nosotros creemos que en el fondo de esto late una gran verdad, que no obligamos a compartir a nadie.

Pero aquilatemos más el tema aportando un dato curioso. Doña Emilia Pardo Bazán en la revista "Nuestro Tiempo"—hace unos ocho o nueve años—dijo y con sobrada razón: "Siempre que los extranjeros me hablan de pintura española, les hago notar que si, por azares imprevistos, la mitad de España se escindiese de la otra

mitad, reuniéndose a Portugal toda la zona cantábrica y restándole sólo a la nacionaldad, incorporado a Castilla, lo que baña el último término del mar Atlante hacia el Estrecho y lo que mira al Mediterráneo, España no habría perdido el solar de ninguna de sus glorias artísticas pictóricas."

¡Quién había de decirnos que la propia escritora ilustre, no más que al cabo de tan pocos años, sería la encargada de inaugurar solemnemente una Exposición de Arte Gallego, en Galicia, en la ciudad herculina, en su querida Marineda! Y no una Exposición cualquiera, puesto que en ella al lado de pintores consagrados y en plena madurez (que oyeron a tiempo, como oyera Pablo de Tarso la voz de Dios, la voz inmortal de la raza), aparecen jóvenes artistas, que, con ser grandes esperanzas, constituyen ya halagüeñas realidades...

La falsa teoría cayó por tierra; la pintura no es patrimonio de las tierras de sol—¡cómo había de serlo, hermana Irlanda, Inglaterra brumosa, cuna del realismo pictórico—; y el Noroeste peninsular ha dejado de aparecer cual una mancha negra en el mapa de la España estética. La voluntad del querer, una vez hallada la facultad de poder, *de que habla Nietzsche, cristalizó en Galicia.*

Y vuelvo a los peligros del arte a que se refería Ramón M.ª Tenreiro. La notable Exposición

gallega, sólo subvencionada por La Coruña, que acabamos de admirar, ante todo se nos aparece—cada hombre es muy dueño de hacer de su subjetivismo un sayo—como una gran ventana abierta sobre el panorama de la verdadera Galicia, de la Galicia "enxebre". La ciudad frívola—de la que dijo un escritor conterráneo nuestro ha poco en "El Imparcial" que no tenía para qué preocuparse de cuestiones campesinas, ¡enormidad de las enormidades! — descaracterizada por cerca de seis siglos de desgalleguización, rindiéndose a las garras del arte hubo de volver sus ojos hacia la tierra y hacia los hombres que viven y trabajan esa tierra. Paisajes de almas labriegas y almas de paisajes aldeanos, trasladaron la mayoría de nuestros pintores a sus óleos y a sus acuarelas. Esto era "lo pintoresco", porque esto es lo gallego, lo puramente gallego, lo no corrompido por la extraña influencia multisecular; esto era lo natural y lo artístico, por consiguiente. Y así, ¡los artistas siempre precursores!, en la Exposición de pintura—quién habría de decirlo—surgieron para cuantos piensan y sienten, alumbradas por la eterna luz de la belleza, todas las íntimas esencias de nuestra política regionalista y de nuestra palpitante palingenesia. La política contra el absentismo de la tierra, la política de la liberación de la tierra, de esta meiga tierra de los divinos paisajes, donde el tesoro de los cantos, de la fabla y las tradiciones de la raza se conserva, capaz de

hacer libres a los hombres "pintorescos" que sobre ella viven. Porque sólo la libertad de la tierra puede traer la libertad de los hombres. Porque sólo la libertad es la armonía.

Pedía Ruskin, el prodigioso esteta, que hiciésemos de la vida una obra de arte. A nosotros se nos antoja pedir que de la obra de arte hagamos una obra política. Ya sabemos que, como dijo Carducci, cuando se trata de rendir culto a la belleza hay que matar el sectarismo, que es falta del sentimiento de lo bello. Ya sabemos que el arte es lo que más une a las gentes—el binomio de Newton, ¡oh Unamuno! no nos consuela de haber nacido—y que sólo los artistas caben bajo una misma bóveda; pero ¿quién duda que existen momentos en la vida de los pueblos en que el arte y el humanitarismo se intersecciovan en un punto, aun sin propósito preconcebido, según demostró Jaurés, a mayor beneficio del progreso, generando aquella alta política que no es sectaria porque se moldea en las entrañas de lo biológico, arranca de la propia naturaleza y se compone únicamente de realidades nacionalistas, de postulados substanciales?

"El hombre es la mitad de sí mismo; la otra mitad es su expresión", ha dicho Emerson. Pues el gallego ya tiene la expresión de su idioma, parcela del alma fijada por la ley del menor esfuerzo asomándose a la literatura; comienza a tener la expresión pictórica y escultórica; preo-

cúpase de la arquitectónica. ¿Cuándo tendrá la musical culta derivada de esos cantos populares que ahora traen del campo a la ciudad los coros "enxebres"? Es de esperar que muy pronto. Fuera de los caprichos de la moda, no surge nada en vano.

❖

Me he extendido demasiado, cuando sólo quería decir, sencillamente, que estáis ante un libro necesario, ante un bello libro, noble y generoso, que es como el censo idealizado de los nombres creadores de la naciente escuela de arte gallego. Este libro prestará un buen servicio en todas las bibliotecas de las personas cultas que sigan con interés los progresos de nuestra pintura y escultura. ¡Con qué satisfacción volveremos hacia él los ojos, cuando, pasado algún tiempo, veamos triunfantes a algunos jóvenes artistas a quienes Barreiro juzga y alienta con amor y entusiasmo!

Alejandro Barreiro — lo dicen sus artículos y crónicas—como todo buen periodista, condenado a los trabajos forzados de la Redacción, lleva en su alma un excelente literato guillotinado. Pero lleva también el germen de un buen pintor detenido en su desarrollo por las exigencias de la vida—fué alumno laureado de Escuelas de dibujo y pintura,—que se especializó, para consuelo, aprovechando sus escasos ratos de ocio, en el estudio de cosas concernientes a las bellas artes.

Todo esto lo demuestra el libro que se ofrece ahora a vuestra consideración. Libro de arte que sale a luz cuando el gigantesco martillo de Thor —cumpliéronse las profecías de Heine—destruye las viejas catedrales góticas, esas divinas oraciones petrificadas en las que Rodin cree ver la silueta, como ninguna venerable y bella, de la mujer puesta de hinojos.

A. VILLAR PONTE

La Coruña, octubre 1917.

EL PASADO Y EL PRESENTE

El ánimo se aquieta y baña de luz bajo la impresión sedante de las obras fuertes y bellas que llenan nuestra Exposición de Arte. Es una Exposición considerable por lo que encierra, y de una importancia extraordinaria por lo que significa: un nuevo y positivo acto de afirmación gallega.

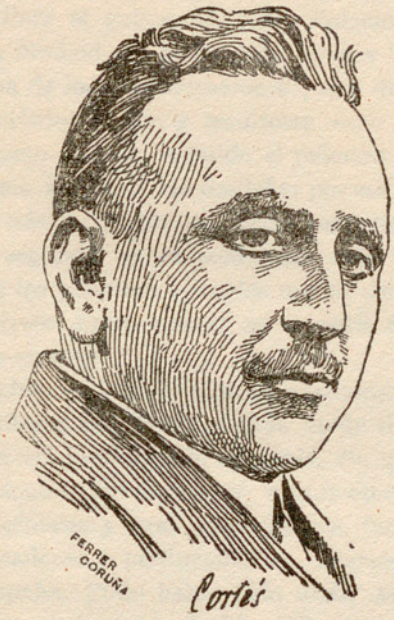
Nuestra tierra, tan hermosa, tan melancólicamente cautivadora, no tuvo, al través de los siglos, grandes pintores que trasladasen al lienzo con fortuna la luz tamizada de sus cielos, la gama de sus campos, la agreste majestad de sus montañas, la blandura de sus rías de ensueño... Y las garridas donas, los mozos varudos o los viejos petrucios de faz ladina, apenas si inspiraron tampoco antaño un pincel maestro.

Era cosa lamentablemente consagrada la de

que Galicia no era patria de pintores, como no lo fué de músicos de alta inspiración. Diríase que la Naturaleza se resistía a dejar sorprender sus encantos, o que los artistas, ofuscados, empequeñecidos, se aterraban ante la magnitud de las grandezas que herían sus sentidos.

Arquitectos y aun escultores produjo en número sorprendente nuestro suelo. Y ahí están como testimonio de su genio, que las edades proclaman, las catedrales fastuosas, los monasterios magníficos, los pazos señoriales, de que son ornato retablos y coros, pórticos y púlpitos, estatuas y artesonados de noble talla artística, vigorosa y rica. Con los nombres de Gregorio Hernández, de Felipe de Castro, de Miguel Romay, de Ferreiro y de Gambino, enlázanse los de Martiz, Casas, Caabeiro, Prado y tantos más que llenan con el prestigio de su nombre los anales del arte en Galicia, descollando bravamente en aquellas dos peculiares manifestaciones. Desde el insigne Mateo del Pórtico de la Gloria, al muy reputado Miguel Pérez, que construyó la modesta cuanto interesante iglesia de Cambre; desde el exquisito Moure hasta Sanmartín, Vidal o Brocos, que todavía mantuvieron en no lejanos certámenes nacionales el buen nombre de la escultura gallega, vamos viendo cómo las dos artes gemelas se aunan y adaptan felizmente a las aptitudes de los hijos de esta región, siquiera la decadencia se determine de centuria en centuria.

ANTONIO PALACIOS



Ilustre arquitecto gallego que cooperó al mejor éxito de la Exposición y prepara otra con sus colegas para determinar el verdadero carácter de la —— arquitectura civil en Galicia ——

En los últimos años, la arquitectura vuelve, sin embargo, a recobrar sus legendarios timbres y el rango de sus ejecutorias, en manos de ilustres gallegos. Hoy apenas se levantan catedrales. El cañón derrumba las que eran gala de otros pueblos. Pero el gallego Antonio Palacios hace surgir en Madrid esa espléndida fábrica "Nuestra Señora de las Comunicaciones", que da clara idea de cuánto él vale; y escultores como Madariaga y como Asorey, imbuído el primero por el modernismo ambiente, sin desdeñar por eso la inspiración clásica, y compenetrado consustancialmente el segundo, en su modalidad más interesante, con los perennes ejemplos que la escultura gallega ofrece, hacen pensar en un serio florecimiento de su arte...

En cambio, es verdad que no existieron realmente pintores que hayan dejado desde tiempos remotos estela luminosa de su genio. No quedan de ellos, como de los escultores, arquitectos, orfebres, imagineros y aun aparejadores famosos, obras evocadoras y perdurables en diversos puntos de España. Pudo haber sido Juan Antonio García Bouzas discípulo de Lucas Jordán, según afirma Murguía, y sin duda figuraron Tomás Aguiar y Antonio Puga entre los aprendices del taller de Velázquez. Pero sus obras se han perdido, y sólo en viejos papeles se hace mención leve del nombre de esos pintores.

Después de un gran lapso de años, la pintura no ofrece un nombre, un solo nombre en Galicia, ni un cuadro a una pinacoteca. La pintura gallega no cuenta en ese borroso período, como las antiguas escuelas de Sevilla, Castilla y Valencia para bien del Arte español. Hay atisbos felices, intentos malogrados, esperanzas truncadas en flor... Un gran desierto luego. La tierra madre y el mar que la besa, la grandeza de los monumentos y la abigarrada y pintoresca nota de las fiestas, las costumbres y los tipos populares, no brindan inspiración más que a poetas y escritores.

Apenas, andando los días, Jenaro Pérez Villaamil y Serafín Avendaño, el *precursor* enaltecido, inician con tesón el resurgir pictórico de Galicia. Pero no fué bastante eficaz la sacudida renovadora. Cierto que a Villaamil lo consideran sus biógrafos apasionados como el primer paisajista romántico español de la época. Con todo respeto, estimamos estremosa la afirmación, harto halagüeña para el entonces desconocido arte gallego. No negaremos que la producción de Villaamil se caracteriza, en efecto, por una fecundidad maravillosa, ni que tenga para nosotros un gran interés el hecho de que le debamos—como a Avendaño, su discípulo un tiempo—las primeras y más risueñas interpretaciones del paisaje regional. No discutiremos tampoco si él escribió o no la primera página de arte personal e intenso que abre la historia de la pintura galiciana... Con

ser eso mucho—y mejor habrá de acusarse cuando un día se haga la revisión de tan copiosa obra, según la idea sugerida por "Azorín"—, creemos que no puede mantenerse en redondo que haya sido bastante para determinar el renacimiento anhelado.

Falto de ambiente, Avendaño, que soñaba con más amplios horizontes, levantó el vuelo, y adiestrándose en otras tierras, afirmó lejos de la suya su personalidad robusta, pero también aislada, con obras de técnica severa, rutilante esplendor y honda poesía.

Suenan en gradación discreta los nombres de Cendón, Gil Rey, Ponte y otros..., pero siguen siendo voces sin eco; y tenemos que apelar al asturiano Dionisio Fierros, para no dar por extinguido el movimiento de avance. Fierros, que como Bécquer recorrió España acotando aquí y allá en sus álbumes y en sus telas las notas características que más herían su sensibilidad, no cabe duda que dedicó a Galicia, tan semejante a su país, atención preferente. Tenemos que asignarle por ello lugar importante en esta síntesis, cual corresponde—Basa y otros pintores lo han dicho elocuentemente—al amor y a la conciencia con que trató de profundizar en las cosas y en los paisajes de Galicia, "mientras nuestros paisanos giraban como mariposas alrededor de la luz esplendorosa de modernísimas y exóticas corrientes artísticas." Muy cierto.

Pero aun dando a esta colaboración forastera todo el valor preciso, no puede ocultarse la inferioridad manifiesta en que Galicia seguía hallándose respecto a Asturias mismo, donde, al lado de Fierros, y sucesivamente, descollaban Casto Plasencia, Menéndez Pidal, Alvarez Sala... Y así llegamos a las postrimerías del siglo pasado, en que de nuevo el resurgimiento parece iniciarse, y una juventud amante de las Artes, pugna por buscar satisfacción a sus anhelos. Hay en las almas una inquietud consoladora y un mayor culto a la belleza. Los muchachos se agrupan y pintan, por ejemplo, al lado de Román Navarro, de Fenollera, de Angel, de Mendiguchía, de Souto... El bizarro maestro coruñés, da al traste con la rutina ambiente y alecciona a un selecto plantel de discípulos, mientras otros modelan con Brocos y Mirás, graban con Mayer, tallan y repujan con Martínez y Landeira...; después de dibujar afanosos, en las deficientísimas Escuelas oficiales o en las muy discretas que sostienen entidades tan beneméritas como la "Económica" de Santiago.

❖

Otros nombres de pintores gallegos empiezan a oirse, para nuestro bien. Se cita a Bouchet—un francés galleguizado—, Jaspe, Ovidio Murguía, Urbano González, Bono, Carrero, Gómez, Vaamonde, Parada Justel, Díaz González, Canitrot,

Caula, Silvio Fernández, Sanz, Llorens, Morelli, Castelao, Rodríguez, Sanmartín, Santiso, Balás, Cersa, Cao. ¿Es llegado el momento? Todavía no, pero unos y otros van marcando felices etapas en el estudio profundo y exacto del natural gallego. Todos preparan el camino para el milagro que luego ha de sorprendernos. Aparentemente, sus esfuerzos se esterilizan en un ambiente de mediocridad e indiferencia; pero la labor del conjunto no es desdeñable.

Son pocos aún los luchadores, y hacen sus aprestos sin cohesión, diríase que sin ideal. La incomprensión del público hacia las Bellas Artes, al menos en su aspecto pictórico; la hosquedad cicatera de las corporaciones, restan, por otra parte, calor a los audaces que anuncian la buena nueva de un arte grande y nuestro. La producción es escasa y fragmentaria. La necesidad hace que se industrialice el arte, en el retrato a espaldas del natural o falseándolo con "bonitos" artificios. Cae todavía en más desdeñables menesteres...

Un momento se alejan del solar los más animosos, para contemplar, llenos de efusión, palpitantes de afán, las obras de los maestros en las salas de los Museos. Acaso acuden a las Exposiciones nacionales a probar fortuna—que les sonríe amable—, o se dejan poseer por la quimera que los deslumbra y los arrastra en su vorágine...

Una ley fatal parece cumplirse todavía, inexorable. El ímpetu generoso se esteriliza otra vez. La falta de medios, lo brusco del esfuerzo sin disciplina, mata las energías mozas, y, uno tras otro, muchos de aquellos bravos artistas que eran ya más que promesas para la pintura gallega, desaparecen dejando aún frescos en sus paletas los primeros colores.

Desengaños, cansancio, injusticias, vicisitudes que dan a la vida curso extraño, van retrayendo o recluyendo en la comodidad dormilona de las cátedras a los buenos pastores, guía hasta entonces de nuestra juventud artística. Quién se encierra voluntariamente en su estudio como el maestro Navarro; quién trueca los pinceles por la espada de la ley y la toga del magistrado, como Souto, el más feliz—cuanto modesto y reconcentrado — de los paisajistas gallegos... Unos son muertos; otros son idos. Pocos perseveran.

❖

Los buenos hados quieren, sin embargo, que la "pauliña" se borre y que la tierra meiga sea gozada, sentida, pintada por sus hijos. Nuevamente germina con éxtasis de amor. En un alborear lleno de luz y de armonía, fructifica más lozana la semilla de los sembradores. Surge como por ensalmo un conjunto valioso y sorprendente de pintores regionales. A través del tiempo, parece

una revelación lo que es fruto cada vez más sazonado de tanto afán anterior. La Exposición de Bellas Artes celebrada en Lugo; otra habida en Santiago en 1909, y la magnífica que organizó el Centro Gallego de Madrid en 1912, pregonan al fin con firmes voces el despertar de nuestro arte, siquiera las dos primeras—como la efectuada en las Escuelas da Guarda de La Coruña meses después de la de la corte—fuesen mixtas y a ellas concurriesen artistas de casi toda España.

"Un pintor"—espíritu culto y sagaz—que estuvo en el fragor de aquellas primeras y empeñadas batallas, nos hizo acerca de su plan y desarrollo interesantes confidencias, evocando al grupo de románticos que, juntándose cierto día en Madrid en un estudio de la calle de Altamirano, pensó en hacer algo práctico que diese la señal de reunión en torno de un ideal perfectamente definido, que no era otro que el de que Galicia tuviese una pintura propia.

—Aquel grupo de gallegos románticos — nos dijo—pensó que lo primero que se necesitaba era unirse y hacer el recuento de los valores que se poseían. Y fué así como nació la Exposición de Arte Gallego de Madrid de 1912, cuya trascendencia es justo reivindicar.

Las personas prudentes, ponían reparos y llamaban locuras a estos proyectos. Se decía que ir a una Exposición gallega en la corte, sería ridículo.

Los organizadores no se desaniman. Estudian, recorren archivos y museos, investigan y emprenden una campaña de prensa, que demuestra que en Galicia hay ya a tales alturas un plantel de artistas más que suficiente para abordar el problema de la pintura regional. Se evocan los nombres de los precursores más allá de donde habían llegado Murguía y Vesteiro. "La Voz de Galicia" prestó sus planas gustosa más de una vez, para publicar estos artículos de propaganda que le enviaba una comisión anónima. Ahí están las interviús y crónicas publicadas en "La Voz" por aquel entonces. Varios meses duró la preparación de esta Exposición memorable, erizada de tales dificultades, que hubo un momento que parecieron insuperables. Se luchó contra el ambiente hostil, contra la indiferencia, contra la falta de comprensión de los que más debían ayudar; se aguantaron sarcasmos de los recelosos, petulancias de los artistas y sonrisas compasivas y piadosas de las buenas gentes.

Los organizadores, mientras tanto, estaban en todo. Hacían de periodistas para las propagandas, de amanuenses para la correspondencia, de obreros muchas veces, y aun alguno se pasó sin comer en aras de la idea.

Ellos fueron a buscar a Palacios entre el intrincado andamiaje de "Notre Dame des Comunications", para ponerlo al frente de la instala-

ción (que realizó regiamente) de las obras, cuando ya se había reunido en el Centro Gallego cuanto bueno y malo habían producido hasta entonces los pintores gallegos, o por lo menos, lo más sustancioso...

El día 1.º de mayo de 1912, el Rey y toda la familia real, inauguraban la primera Exposición de Pintura Gallega, que el mundo artístico español comentó con sorpresa. Y nosotros, que presenciábamos aquel hecho inolvidable, hemos sentido humildes el escalofrío de lo grande, y tuvimos la sensación de que algo que no existía antes, era ya, por el esfuerzo de nuestra voluntad, y que un ideal quedaba consagrado..."

❖

Así fué concretándose el movimiento, que desde entonces adquiere verdadera importancia y cohesión.

Torna al agarimo de la patria gallega—después de haber triunfado en Italia y en América como un héroe de otros siglos—nuestro gran don Fernando Alvarez de Sotomayor. Galicia le atrae subyugadora. Sotomayor, caudillo por tantos títulos, será el pintor vigoroso de la raza, como Souto y Llorens lo son de los campos, de los mares, de las ensoñaciones del suelo galiciano, y lo es Corredoira, extraño y arcaico, de los tiempos legendarios de peregrinos y troveros.

Así, paso tras paso, se avanza hacia el ideal tanto tiempo perseguido y que culmina en el momento presente. Hay quienes abjuraron de pasados yerros y quienes hacen nueva y más solemne confirmación de su fe regional. Todas las tendencias—con leves excepciones—parecen fundirse en una sola... Con emoción intensa oímos hablar francamente de pintura gallega, de escuela gallega, y vemos cómo el milagro se opera al fin...

En el nuevo y espléndido concurso a que se consagran estas crónicas, están muchos de los artistas de la nueva generación. Al lado de firmas ilustres o ventajosamente conocidas, hacen casi sus primeras armas los noveles que se sienten con ánimos para la empresa. ¡Cómo no habrá que estimularlos, por todos los medios, con una crítica alentadora y no perturbadora, con un decidido apoyo material y moral, para que el desaliento no cunda otra vez en las filas!

Estas leves impresiones a modo de índice, si han de responder a algo más que a fijar la importancia de este brillante resurgir del arte en Galicia, queremos que tengan esa noble finalidad de dar alientos a los que lo necesitan y merecen.

Elena Olmos, María del Adalid, María Corredoira, Montserrat Rodríguez, Sotomayor, Navarro, Llorens, Corredoira, del Blanco, Taibo, Sobrino, Juan Luis López, Castelao, Bujados, Morelli, Castro Gil, Bello Piñeiro, Imeldo Corral,

Ribas, Seijo Rubio, Cortés, Abelenda, Saavedra, Balás, Díaz y González, Requejo, Abello, Bernardo y Sánchez, Camino, Carrero Garazo, Domínguez de la Cámara, Tormo, Saborit, Santamarina, González de Castro, González Concheiro, González López, Lamas Barreiro, Llópiz, Martínez Buján, Millán Pérez, Montes Ramos, Núñez, Ramos López, Somoza, Villaverde..., forman, entre otros, la lucida mesnada.

Madariaga, escultor de talento, hecho en París como Taibo; Asorey, original e impregnado del sentimiento regional; López Mirás, Díaz Baliño, Campo Sobrino y Rodríguez Luard, que valen y prometen, son también de la legión.

Galicia se estremeció gozosa—aun lamentando ausencias sensibles—, dándose cuenta de cuánto significaba para su prestigio y cultura esta Exposición desde "La Voz" iniciada por Sotomayor, y que el entusiasmo del gran artista, de Llorens, de Palacios, de Seijo Rubio y algunos más, hicieron viable.

Una gloriosa coruñesa, cumbre de la mentalidad española, la Condesa de Pardo Bazán, abrió el certamen representando al Ministro de Instrucción pública en la solemne ceremonia.

A la docta conferencia que dió más tarde en el recinto la eximia escritora, siguieron otras muy notables del ilustre crítico José Francés, del culto literato D. Ramón María Tenreiro, del académico D. Juan Antonio Cavestany, del conspicuo

arquitecto D. Antonio Palacios, del Dr. Rodríguez Martínez y de D. Angel del Castillo, en torno de un tema que como éste a todos nos es tan grato.

Con razón La Coruña se sintió orgullosa — apuntad la efemérides—con albergar la Exposición en su mejor palacio, la verdadera casa del pueblo, convertido antes de su inauguración oficial, en simbólico templo del arte.

CUATRO PINTORAS

Ya va dicho que de lo que se trata, hoy por hoy, es de felicitarnos todos por el feliz éxito logrado, y de estimular a un núcleo brillante y prometedor de jóvenes artistas gallegos, templados para la lucha.

Cuando se les haya protegido como Dios manda, ayudándoles a adelantar y perfeccionarse en su arte; cuando no se lo deban todo a sí mismos, a su intuición, a sus buenas disposiciones, a sus entusiasmos, como ahora acontece; cuando—en cierto número—estén más hechos y quepa pedirles que respondan a la confianza de sus valedores, será llegado el día de analizar fríamente su labor, ¡que harto grande y meritoria es ya, para ser hija del propio esfuerzo!

❖

Si así pensamos respecto a los artistas varones —descartando, naturalmente, a los maestros y aun a algunos pequeños maestros—, imagine el

lector sí, por razón de galantería y por tantas otras razones, no hemos de ser amables al decir algo de las pinturas de manos femeninas.

Si una delicada mano de mujer es por sí sola síntesis de belleza, cuando con el pincel contribuye a crearla, debe ser adorable.

Cuatro señoritas fueron expositoras: Elena Olmos, María Corredoira, María del Adalid Garrido y Montserrat Rodríguez. No son muchas, pero aunque sólo fuesen tres, no les sería aplicable, artísticamente ni en modo alguno, el resobado adagio.

Por de pronto, ninguna compareció con el consabido búcaro de flores, la paloma sin hiel o el bodegón decentito..., tema obligado de las muchachas que pintan en los internados y en las Escuelas Normales. Cultivan la figura preferentemente, y hacen estudios de paisaje. A decididas y animosas no les ganan ellos.

Elena Olmos, muy linda, muy exquisita, casi una niña, es discípula aventajada de Benedito. Pese a sus años breves y a lo archidifícil del género, presenta dos retratos de lo más calificado, trozos de pintura expresivos y llenos de vida. Uno es el retrato de su hermano, en traje de "tennis", con la raqueta bajo el brazo. Por la traza, hace pensar en el ya famoso rapaz de la raqueta de Sotomayor; pero la señorita Olmos —que echó al suyo un capote sobre los hombros—acertó a dar carácter, gracia y personali-

dad a su obra. La figura está dibujada y pintada con mucha valentía, con simplicidad llena de nobleza, y acusa las más felices disposiciones.

El otro retrato es el de una dama. Sobre un fondo adecuado, destacan el correcto perfil y la morbidez de las carnes. Los rojos paños y las breves pieles que encuadran con sencilla elegancia el busto, están muy bien tratados. Interesan la finura de la expresión, la seguridad de la pincelada, lo suavemente ponderado de los tonos y la gran penetración de la autora, que es ya una excelente colorista.

La señorita Adalid Garrido presentó dos cuadritos, uno de flores—campanillas blancas, que armonizan con la nota roja de los geráneos—, y otro, la cabeza avellanada de un viejo pastor, sobre un sobrio fondo de paisaje. En ambas impresiones hay detalles perfectamente acabados, se advierte soltura, una encantadora sencillez y desde luego condiciones para empresas de más empeño.

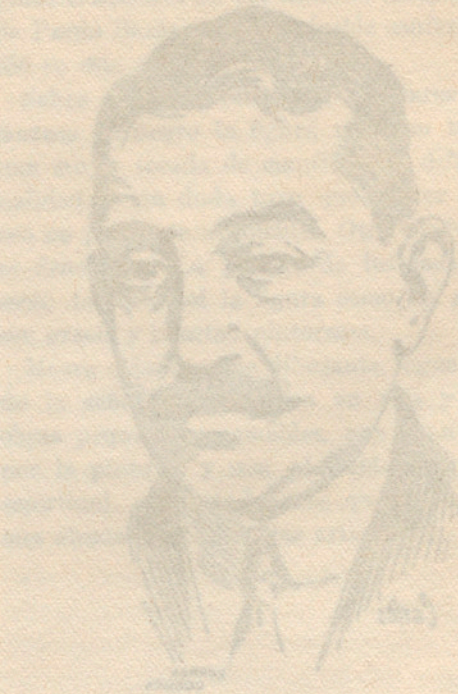
Montserrat Rodríguez siente el paisaje y presentó dos bellamente entonados. La melancolía del anochecer da en uno su nota poética, envolviendo en sombras la portalada y el hórreo aldeanos. En el otro la pone el otoño, que amarillea las hojas de los árboles y mustia el campo todo. No hay en ellos dureza ni sequedad, y cabe esperar también rápidos progresos en esta joven pintora.

De María Corredoira, ya otras veces elogiada, hemos visto dos lienzos de buen tamaño. "Ocaso" se titula uno, y está inspirado en unos versos de Villaespesa que cantan a la luna blanca... La pintura literaria de que habló la insigne Condesa de Pardo Bazán en la admirable conferencia que dió en este certamen!...

Sobre el fondo lechoso de un claror de luna, destaca en negro la figura un poco trágica de una mujer tocada de mantilla. Es difícil la tonalidad, y sin duda tuvo que luchar la autora con no pocos inconvenientes. Otro cuadro grande se denomina "La gallega de los cacharros", y están tocados, así la figura como los accesorios, con gracia y libertad pintoresca.

Menos colorista que dibujante, sigue mostrando la señorita Corredoira en ésta y en otras obras pequeñas y amables, una gran voluntad por la pintura, y una plausible independencia espiritual. ¿Qué duda cabe que merecen plácemes alentadores las bellas artistas?

SOTOMAYOR, GALLEGO



Quisiéramos poner en estas líneas la misma emoción intensa que los luminosos cuadros del insigne artista nos producen; toda la verdad que encierran, la fuerza serena y segura que de ellos emana...

Admirábamos a Sotomayor, como toda España, desde hace mucho tiempo, cuando ni sospechábamos que fuese gallego. Ahora que es tan nuestro, como gallegos agradecidos al vigoroso pintor de la raza—alma arrebatada y generosa que a tal punto se identifica con la tierra madre—, le debemos también un gran cariño.

Esta identificación, que en lo inicial, en lo genuino, fué obra de mujer, adquirió con los años la fuerte raigambre que ahora tiene. Sotomayor es ferrolano, y, sin embargo, triunfador en Italia y en Flandes, como los antiguos Sotomayores guerreros; cotizado en los mercados mundiales, mimado en Madrid, educador oficial en Chile, donde el Gobierno le hizo director y guía de aquella juventud artística..., encauzada su vida por sendas bien distintas de las actuales, tal vez

no hubiese tornado por acá a no haberse dado una circunstancia feliz: Sotomayor se casó en Galicia.

Los dulces afectos familiares, eslabonados con los recuerdos juveniles, formaron poco a poco la blanda cadena. Luego, la atracción meiga de nuestra tierra, la contemplación de la naturaleza galaica en sus formas verdaderas, el sentimiento artístico como nunca despierto, completaron la grata obra de reintegración. En su propio genio y en su propio corazón halló pronto Sotomayor elementos para amar a Galicia como hijo y como artista. Y se sintió con bríos para reflejar el naturalismo de la raza con su pincel maestro.

Ocurría esto hará diez o doce años: Sotomayor tiene apenas cuarenta y uno. Ya veis si "llegó" joven.

❖

Comenzaron entonces las amables visitas veraniegas al pazo aldeano. Huyendo del regocijo de la ciudad, que nada decía a su espíritu, ávido de emociones puras, se internaba anualmente en la montaña, conversaba con los campesinos endurecidos por el aire de las cumbres y las quemaduras del sol, que iban a la feria o volvían del agro; con las mozas garridas y los viejos petrucios, sus futuros modelos. Trabajador incansable, recogía apuntes, anotaba impresiones, compraba cacharros en los mercados, y prendas pin-

CELEBRANDO LA FIESTA

F. A. de Sotomayor

torescas del traje típico del país..., y al llegar el otoño, a Madrid regresaba el señorito afable y original, a quien nadie conocía, llevando en el ánimo mil sensaciones nuevas, y en la retina, en los álbumes, las caras pacíficas y bonachonas de los paisanos, y los armoniosos fondos de nuestros paisajes de paz y melancolía.

Acaso al principio pintó Sotomayor los tipos gallegos como pudiese haberlos pintado si fuesen rusos. Igual que otros veranos había llevado al lienzo los salmantinos o los vascongados... La indumentaria abigarrada y chillona de las mozas, las pardas ropas, sobrias y extrañas, de los hombres, eran tentación para un colorista tan potente como él. Pero el alma de la tierra fué hablando a su espíritu cada vez en forma más clara y más íntima. Lo que comenzó siendo capricho y distracción, fué necesidad. En las Exposiciones gallegas celebradas en Madrid y en La Coruña, aparecieron de pronto los primeros cuadros que nos iniciaban en la milagrosa evolución galleguista del maestro. ¿Quién no recuerda la honda sensación que produjeron aquellos pasmosos tipos enxebres de la montaña de Arzúa, y aquellos otros apopléticos de la "Bodega"?

Nos miramos un poco perplejos, no atreviéndonos a considerar que aquello fuese algo más que una modalidad pasajera. Cierto que las evoluciones, en arte, no acaban, y que Sotomayor no

tenía que renegar de ningún principio esencial para pintar en gallego, pero...

Pasó tiempo. La esperanza se cumplió plenamente. El pintor puso todo su talento, todo su amor y su estupenda fuerza de asimilación, al servicio del nuevo y firme empeño, y lo que era intuitivo fué personal; lo que no pasaba al comienzo de ser técnico e impresionista, pasó a ser obra enérgica, vigorosamente pensada.

En la Exposición de este año, vímosle amo y señor, juntándonos a todos en culto devoto en torno de sus lienzos, y proclamando con su labor regional, tan nutrida y diversa ya, el triunfo del más ferviente galleguismo y del supremo esfuerzo hacia la verdad, la sencillez y la belleza.

❖

Cuando un día nos dijeron que en una guardilla de nuestra coruñesa plaza de María Pita, estaba pintando el gran D. Fernando Lope Alvarez de Sotomayor, apenas le conocíamos. Quisimos serle presentados, y hubimos de sorprenderle en el modesto estudio que Seijo Rubio y Tormo le cedieron llenos de gozo.

Sotomayor, que es todo bondad y corazón, nos habló de sus andanzas por la provincia, en mesones y molinos, en mercados y chozas, persiguiendo afanoso modelos, asunto, por abstracto

que pareciese, para reducirlo a sensación y convertirlo en imagen. Esto dicho sin pose, llanamente, sencillamente...

Ante nosotros se ofrecía colgado del caballete ese cuadro admirable, tan sugestivo, tan hondamente gallego, que luego fué—con "Parolando" o la moza del pañuelo amarillo—uno de los mayores encantos del certamen: "Celebrando la fiesta".

Luchando con la gran dificultad de la contraluz de una puerta y de una galería—contraluz que es precisamente uno de los mayores méritos de la tela—; con la violencia de retener a los modelos traídos de Curtis y de las Mariñas, que se impacientaban, el maestro, en mangas de camisa, jadeaba.

—Tengo que entretenerlos—nos decía aparte—, que llevarlos al puerto, que convidarlos al teatro... Pero se aburren; quieren volver a la aldea...

En estas condiciones, adentrándose más cada vez en el sentimiento profundo de la tierra, abstrayéndose, por decirlo así, del mundo exterior, produjo esa obra recia, sugeridora y decorativa, que por desdicha no quedará en Galicia. Ya hemos dicho que, apenas expuesta en las Galerías Layetanas de Barcelona, la adquirió una familia francesa de tanto gusto como dinero.

Por merced suya estuvo expuesta aquí, siquiera los amables extranjeros no la pierdan de vista

y a Galicia hayan venido para conocer la región inspiradora de lienzos tan sólidos y definitivos.

Desde entonces, el maestro ha hecho necesarios viajes a Madrid, pero regresa pronto, como si fluctuase entre dos influencias. Allá le esperan su estudio espléndido en la terraza del edificio que Bugallal levantó frente al "Palace"; su tertulia de camaradas, sus discípulos, sus retratos, que—dignos de Pantoja o de Reynolds—tan caros se pagan en el mercado artístico. Ultimamente fué alma del jurado en la Exposición de Bellas Artes, y ya es sabido cómo supo hacer justicia, aun contra viento y marea, a varios de los jóvenes pintores gallegos que acudieron con sus obras.

❖

Nosotros, un día, hemos pedido para este hombre bueno y admirable, el homenaje que Galicia le debe. Pero no contábamos con su enorme modestia, que cerró las puertas a toda iniciativa de tal índole. Ni a eso ni a efectuar él sólo una exhibición de sus cuadros, hubo de avenirse.

Recordamos la carta que nos envió el año pasado:

"Nada de agasajos, que riñen con mi carácter y con mi temperamento—decía poco más o menos—. ¿Qué hice aún en Galicia para merecerlos? Nada tampoco de una Exposición de mis

obras, que tendría un interés muy limitado... ¿Quieren ustedes ayudarme a que se celebre, en La Coruña precisamente, como ustedes dicen, una Exposición de Arte regional?"

Con alma y vida. Y he aquí que con el concurso valiente de otros hombres y de cuantos elementos fué necesario poner en juego, pudo ser un hecho esa Exposición, en la que germinó el arte nuevo regional, y la personalidad ilustre de Sotomayor, que definitivamente se ha encontrado a sí mismo, culmina espléndida...

Dos de los más bellos cuadros, en que los tonos llenos y ricos de su paleta son alegría de los ojos y en que vibra el alma de Galicia, los pintó, días antes de abrirse el concurso, en su pazo familiar de Mende, cerca de Curtis. Uno es esa maravilla de expresión y de color que se titula "Parolando", a que antes se alude. El otro, "Goros y su nieta", lienzo en el cual no se sabe qué admirar más, si la figura velazqueña del labriego o la fresca y encantadora del rollizo infante, que sonríe como una flor campesina.

—¡No deben salir de La Coruña!—gritaban las gentes enfervorizadas.

Gran verdad, dentro de un regionalismo práctico..., si los entusiastas tuviesen a mano el dinero preciso. Por lo menos, "Parolando", esa obra-síntesis, de la que dijo nuestra doña Emilia que "es Galicia, dulce y bella, concretada en media vara de lienzo", debió quedar aquí, expues-

ta a la eterna contemplación de todos. Pero vendida fué, y lejos irá, mensajera de paz, como pregón glorioso de la belleza céltica.

Gracias sean dadas a los próceres orensanos que para sí retuvieron la bizarra y hermosa "Aldeana gallega", otra de las más fuertes e inspiradas obras del maestro. "De vuelta de la feria" y "Bergantiñana", constituyen, con esta aldeana garrida y brava, un maravilloso tríptico gallego.

No hemos de analizar—¿para qué?—la totalidad de la obra de Sotomayor, que, con Zuloaga, Sorolla, Anglada, los Zubiaurre, López Mezquita, Romero de Torres, Anselmo Miguel, Chicharro, Benedito, Hermoso, Bilbao..., figura desde hace años a la cabeza de los pintores contemporáneos. Es un colorista enorme, un dibujante firme, un psicólogo sincero, enamorado de las luminosidades bien definidas tanto como de los matices y cadencias... ¡Suerte que sea gallego y que se sienta gallego!

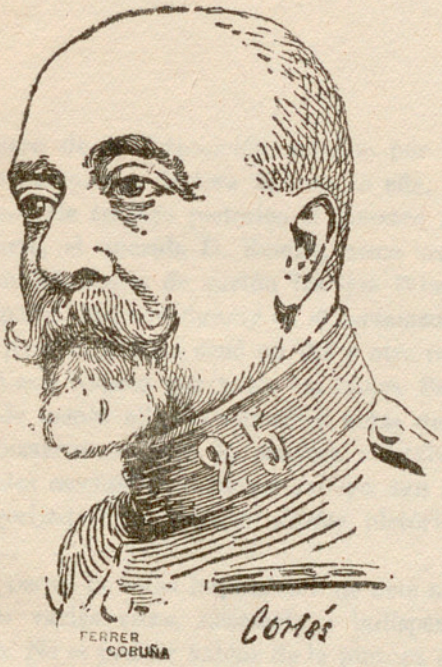
❖

He ahí al hombre y al artista. Pero tiene aún, para la gratitud de los coruñeses, otro título de generosidad que no debe olvidarse: haber tomado espontáneamente bajo su protección docta, a un obrerito manual, Jesús Concheiro, en quien descubrió felices disposiciones para la pintura, disposiciones que, cultivadas a su lado, florecie-

ron en esta misma Exposición con dos cuadros en que hay algo más que risueñas promesas.

¿Vamos a rebelarnos al fin contra esa inveterada modestia de Fernando Alvarez de Sotomayor, y ver el modo de procurar pagarle en forma adecuada la deuda de admiración y de cariño que con él tenemos?

ROMAN NAVARRO



INSTITUTO AMATLLER DE ARTE HISPÁNICO

Fuera de la Exposición, aunque por un cúmulo de razones debiera figurar en ella, expuso un notable trabajo pictórico el maestro Román Navarro, el querido D. Román, como seguimos llamándole llenos de cariño los que fuimos sus discípulos. Esquivó figurar en el certamen regional; pero su nombre sonó un día y otro pronunciado con respeto por todos los labios. Se echaron de menos allí sus vibrantes notas de color, sus bizarros cuadros de asuntos militares, sus amables escenas de carácter gallego, tan típicas y regocijadas, sus retratos sólidos, pletóricos de vida...

Al través de estas impresiones de arte aparece citado varias veces, necesaria e indispensablemente. No es posible hablar de la pintura en Galicia sin mentar a quien, como Navarro, llenó con su obra fecunda todo un período. El educó artísticamente a dos generaciones. Entre sus discípulos figuraron Souto, Llorens, Simont, que tan alto prestigio alcanzaron luego en España y fue-

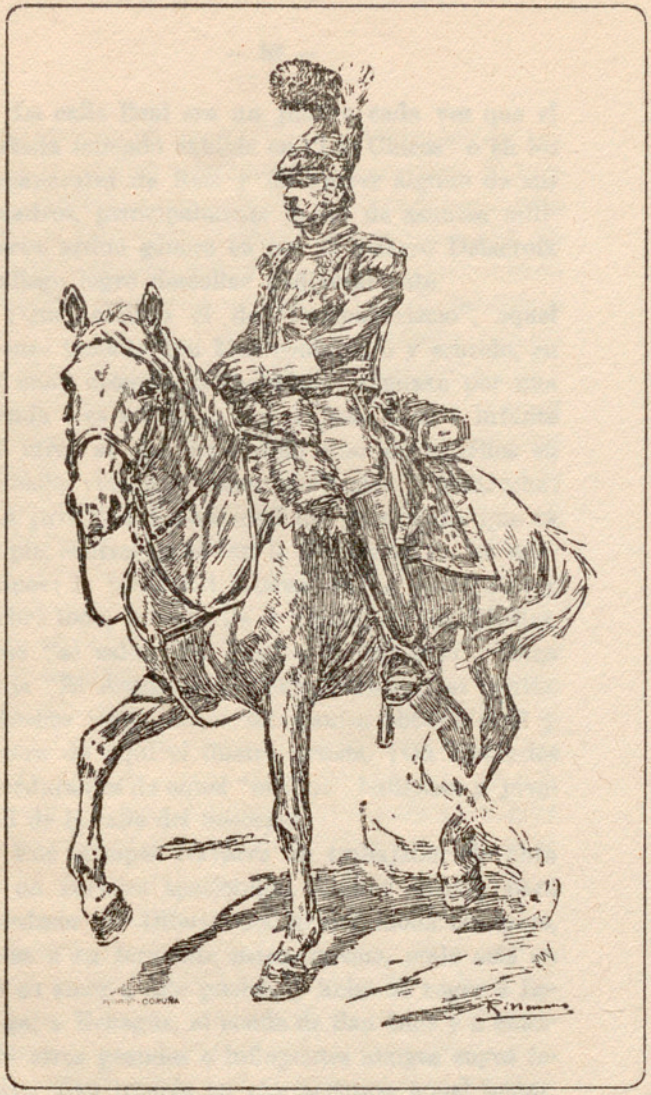
ra de ella. Ejemplo, Simont, elevado al primer puesto en la "Ilustración" francesa, cuyas páginas llena con dibujos espléndidos.

En aquellos días ya lejanos, era Navarro un apuesto y guapo mozo que lo mismo mandaba una carga al frente de su escuadrón, que hacía "monos" rebosantes de gracia, sobre temas locales, en "El Domingo", "El Duende" o "Don Pepito", o dirigía un rigodón en los salones de la "Tertulia de la Confianza", luciendo el vistoso uniforme de oficial de Húsares, que daba mayor prestancia a su figura gallardísima.

De cuantos artistas pintaban por entonces en la región, que no eran pocos, ninguno aventajaba en técnica, en espontaneidad, en hondo sentimiento del natural, al brillante colorista coruñés, quien en su tierra nativa, encontraba inagotables elementos de belleza y de arte, y en el cuartel, como en los campos de maniobras, motivos bélicos para sus lienzos a lo Gros, a lo Messonnier...

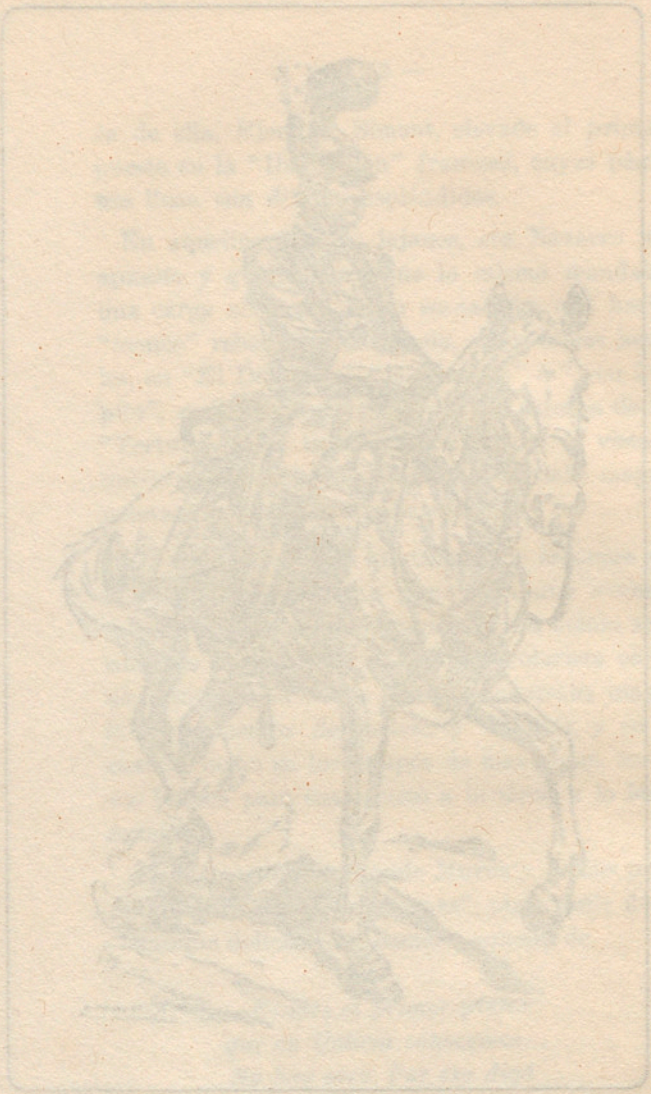
Fué por entonces cuando Muruais, en sus punzantes "Semblanzas galicianas", pudo decir de él —aunque doliese a los demás—aquello de

Es éste el primer pintor
que en Galicia conocemos...
No hay otro. Por eso digo
que Navarro es el primero.



CORACERO DE LA GUARDIA REAL-1824

Por R. Navarro.



La calle Real era un jubileo cada vez que el artista mimado exhibía en "Los Chicos" o en los escaparates de Roel y de Ferrer alguno de sus cuadros, principalmente si era de asuntos militares, arduo género en que el bizarro Delacroix gallego logró descollar poderosamente.

¡Qué exitazo el de "Compañerismo", aquel lienzo tamaño, tan bien compuesto y sentido, en el cual, después de la batalla, avanzan por una senda tres soldados, dos de caballería e infante el otro, al que ha cedido uno de aquéllos su caballo, viendo al camarada herido y maltrecho! La juventud y vivacidad del trompetilla que va a pie, contrastando con la faz severa de los veteranos; la tonalidad intensa de los uniformes, y sobre todo, la valentía y verdad de los caballos, que "se salen del cuadro relinchando", como dijo "El Anunciador", entusiasmaron al gentío. Muchos otros éxitos semejantes obtuvo aquí y fuera de aquí el ilustre artista. ¡Oh recuerdos perdurables de aquel "estudio" bullicioso y juvenil de la calle del Socorro!

Fué siempre Navarro un trabajador de fibra y un coruñés apasionado. Estuvo elegido para profesor de Dibujo del actual monarca; pero, pese a su ferviente monarquismo, pudo más en él su amor a este pueblo, y hubo de rogar a Loriga, a Echagüe, al conde de San Luis y a cuantos otros grandes e influyentes amigos suyos tenían vivo interés en que aceptase aquel honor,

que no lo pusieran en el trance de alejarse de aquí. Y aquí se quedó, pintando, dirigiendo con entusiasmo insuperable la Escuela de Bellas Artes, tomando parte activísima, como algo insustituíble, en cuantas manifestaciones de cultura artística hubo en La Coruña de treinta y tantos años a la fecha.

En el Palacio de la plaza de Oriente, en ministerios y academias militares, en los palacios de príncipes e infantes de la familia real española, en los Círculos de Bellas Artes, en museos, Diputaciones y Ayuntamientos, tiene Román Navarro notables pruebas de su pintura, todo corrección, vigor, luz y espontaneidad.

Es Navarro un acuarelista formidable, aunque en este aspecto no se le conoce tanto como merece. Muchas de sus soberbias acuarelas las hubiera firmado Fortuny, como decía Ferrant, que era otro maestrazo en el género. La frescura, la deliciosa facilidad llena de gracia de esas acuarelas, es la misma que presta a los óleos de Navarro la espléndida luminosidad y la jugosa transparencia que los hace tan agradables.

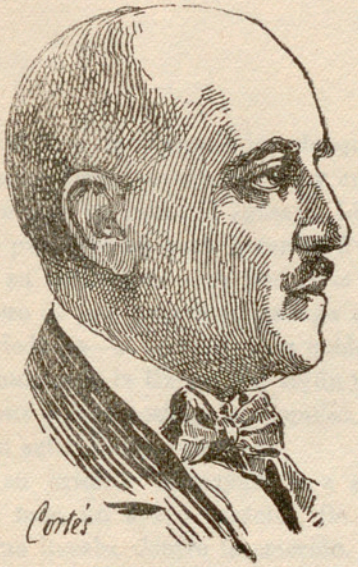
Desde hace cierto tiempo pinta poco. Eso no quiere decir que haya abandonado los pinceles. ¡Si ha de morir pintando! Pidió el retiro como teniente coronel de Caballería, pero está en activo—¡por muchos años, maestro!—como pintor cada vez más enamorado de su arte. Basta para demostrarlo ese magnífico retrato que acaba de

exhibir y que, al igual que antaño, arranca al público elogios amplios. Es todo un buen retrato del Rey, de tamaño natural, con el ingrato uniforme de ingeniero civil. Un retrato suelto de actitud, rico de expresión, sobriamente entonado y lleno de espíritu, en que la luz está entendida admirablemente, y en que no hay nada que no sea armónico. Conserva el artista—¡cuidado que lleva pintado retratos!—la factura franca y la ponderada energía en las coloraciones, que tan celebradas fueron siempre en él, juntamente con una seguridad irreprochable en el dibujo y en la perspectiva.

Muy bien, D. Román. He aquí cómo, aun sin haber concurrido a la Exposición de Arte Gallego, donde tendría siempre un primer lugar, por derecho propio, resultó al fin expositor valioso; ya que tanto monta que el cuadro lo viésemos allí en una sala, que tras la luna de un escaparate.

Fué, pues, quieras que no, una figura significada del certamen, como lo es de nuestro arte contemporáneo.

PACO LLORENS



Apenas abierta la Exposición, obsequiaron a Llorens con un banquete sus amigos y admiradores. Estuvo muy en razón el agasajo. Llorens es un ilustre pintor y un gran coruñés. Puso además todo su entusiasmo—un poco frío en apariencia, pero de una tenacidad gallega a prueba de contrariedades—al servicio de la noble empresa. Ideó Sotomayor la Exposición según va dicho, pero Llorens la hizo posible, la propulsó, la organizó con su actividad peculiar.

Pese a su exterior desmayado y a su parla mansa, es todo un bravo carácter. Se propuso —cierto que llevaba dentro la emoción, la energía y la sólida cultura de un gran pintor — dominar el arte a que consagró su esfuerzo, y no titubeó un punto, firme en la ruta. Cuando rapaz, aprovechaba todo momento libre para echar camino adelante por los andurriales cercanos a La Coruña y se le veía aquí y allá con su álbum o con su caja de colores, sin dar paz a la mano. Ahora, ya con un nombre envidiable, su

amor al trabajo y al perfeccionamiento, son los mismos.

Todos recordamos el vivo afán con que marchó a Madrid, y cómo allí peleó con ahinco hasta lograr, en reñida pugna, una pensión del Estado en Roma; pensión que ya saben los profesionales lo mucho que significa.

Fué—con diferencia de fechas poco esencial—de aquella magnífica promoción en que figuraron Sotomayor, Benedito y Chicharro..., culminantes figuras hoy del arte nacional, que se enaltecen llamando a Llorens compañero.

Adorador ferviente de la Naturaleza, el paisaje le cautivó sobre toda otra manifestación. Como paisajista y marinista, fué pronto tenido en mucho aprecio, lo mismo por sus maestros que por sus camaradas de la Academia Española en la ciudad eterna. No hemos olvidado que uno de sus mejores cuadros de entonces, en el que revelaba tanto una técnica ya muy perfecta como una idealidad encantadora, fué adquirido por el Rey de Italia. Primer triunfo de juventud, alentador y franco!

Desde entonces, entregado a sí mismo y como inspirado y fortificado por el enorme cariño que siente hacia su tierra, Llorens pinta "en gallego" sin descanso, y acusa cada vez más vigorosamente su personalidad en España y fuera de ella. Triunfó en Exposiciones de Bellas Artes nacionales y extranjeras, y hace tiempo que comparte

EN EL PARQUE F. Llorens

con Rusiñol y Mir la hegemonía entre los paisajistas españoles.

Cuando se llega tan joven a un rango así, hay derecho á sentir un prurito de vanidad. Pero Llorens, con una reputación hecha, querido y considerado de todos, es discretísimo y modesto. Su evolución artística fué rápida y feliz. La influencia italiana, la del arte belga, que en sus obras pudo apreciarse durante cierto tiempo—en la luz, en las coloraciones opalinas, evocadoras de los playazos de Capri o de las suaves entonaciones de Brujas—, se ha esfumado. Se desvaneció en buen hora para dar paso triunfal al encanto melancólico, al esplendor, a la blandura de la campiña gallega, con todo el carácter local, con toda el alma de nuestra región.

El temperamento delicado de Llorens, la sutileza de sus visiones del natural, plasman en sus lienzos, de una gran emotividad.

Nadie como Llorens alcanza al presente tan definitivos éxitos en la reproducción amorosa y subyugadora de la tierra galiciana o de las poéticas ensenadas de nuestras costas. En esta Exposición presentó un soberbio conjunto de cuadros que son como un canto apasionado, una sinfonía de luz y de color a nuestra Galicia bien amada. El famoso valle de Barcia—"el valle esmeralda", como lo denomina—tuvo en él, por ejemplo, al pintor tanto tiempo esperado sin fe, que acertó a trasladar al lienzo aquel conjunto de maravillas.

Es admirable el dominio del ambiente, el esplendor del colorido, la hábil gradación de las tintas en esos lienzos rientes, en que parece palpitar el terruño bajo los besos del sol, en una gran paz como "El castaño" o "El valle de Samoedo". En otros, en que el atardecer pone su nota sentimental y en los que el valle duerme envuelto en las blancas muselinas de la niebla y del humo de los hogares, la sensación de verdad se adueña del espíritu, conmoviéndolo dulcemente.

Tienen estos paisajes, trasunto veraz del agro céltico, la poesía acariciadora de los versos de Rosalía y la fuerza descriptiva de las estrofas de Curros.

Da aldea lexana fumegan as tellas;
por tras d'as montañas vay póndose o sol;
retornan pros eidos co-a noite as ovellas...

La transparencia del aire es prodigiosa en la mayor parte de las obras. Contemplándolas, se viven instantes de égloga, de serenidad pastoral. La pincelada de Llorens es atrevida y fácil, pero su paleta es sencilla. No gusta de policromías para entonar los aspectos sorprendentes y amables del paisaje, los verdes empalidecidos de los prados, las lejanías azules en que los contornos se ablandan esfumados por la gasa húmeda de la neblina.

Ved cualquiera de los cuadros. Aquella tierra próvida, un poco ensombrecida y llena de miste-

rio, es Galicia; no puede ser más que Galicia, con todo su dulce carácter y su maga atracción bucólica.

Pintando el mar, intenso y profundo, alcanza también Llorens los más exquisitos aciertos. Dígalo el cuadro "Costas gallegas", de placidez y suavidad peregrinas, que acaba de adquirir el Estado para el Museo de Arte Moderno, y que es una gran lástima que no haya venido antes aquí. Díganlo "La barra", tan bellamente decorativa y ambientada, o "El puerto de Santa Cruz", alarde de espontaneidad, o "Herves", precioso estudio de lejanía en que los tonos están dulcificados —ésta es la característica amable de Llorens—, y la luz, tamizada con deliciosas armonías.

Honra a la pintura nacional este joven y admirable pintor coruñés — coruñés y galleguísimo,— que no tardará en alcanzar la suprema recompensa oficial a que hace tiempo tiene derecho.

— Eso no me preocupa — dice él — Importa bastante más el concepto público de que pueda gozarse, el nivel artístico en que críticos y camaradas le colocan a uno...

Es verdad, sin duda. Pero también desde este punto de vista puede sentirse halagado. Recientes están sus francos triunfos en Bilbao, en Valencia, en Barcelona..., donde quiera que envió sus trabajos, acogidos con unánime aplauso. Y en cuanto al acatamiento de los del oficio, cosa tan difícil, como todos sabemos, Llorens está en

Madrid emplazado con verdadero prestigio. En el Círculo de Bellas Artes, a cuya directiva pertenece, como en las peñas y cenáculos de artistas, se habla de él con afectuoso cariño.

Al exaltar en Galicia sus méritos, apenas si se hace más que procurar corresponder en pequeña parte a lo mucho que él merece y al apasionado amor que siente por su país, y que testimonia prestigiándolo en sus lienzos.

XESÚS CORREDOIRA

Quien no conozca a Corredoira más que por sus lienzos, se imagina a un señor desmadejado y triste que allá se irá en carnes con sus modelos. ¡La sorpresa que causa toparse con un mozo elegante y mundano, que ríe siempre y rebosa salud!

Se le aplaude o se le censura, pero se le comenta mucho. Es el pintor joven que más da que reñir. Y Jesús, que tiene una enorme alegría interior, goza lo indecible.

En la última Exposición nacional, le dieron una segunda medalla y se armó un escándalo de mil diablos, que puso carne de gallina a algunos de los jurados, Sotomayor entre ellos. Los que chillaban, eran los autores de los mil cuadros de colorines, falsos y sin alma, caballeros melenudos de la santa rutina, impresionistas de cliché, que no podían explicarse que en pleno siglo XX fuesen premiadas esas obras de pintura meditativa—imitativa dicen ellos—evocadora de otras edades y de una estética centenaria que no les

cabe en la cabeza. Aplaudieron los que no se pagan de apariencias y aciertan a desentrañar, cuantos se han persuadido, sin prejuicios, de que, por encima de lo que pueda haber aún de afectación juvenil en la manera amarga de sentir y de hacer de Corredoira, descuella un pintor de verdadera fibra y refinada sensibilidad, que lleva muchas cosas dentro.

Aquí mismo, donde su envío a la Exposición presente fué uno de los más notables y valiosos, no cesaron las peleas y los juicios contradictorios. Francés, que para todos los expositores tuvo elogios galantes en su notable conferencia, le hizo el honor de consagrarle media docena de párrafos, por lo menos, para justificar un tanto su disconformidad con la pintura de Corredoira, procurando llevarle al buen camino. La cosa no es fácil. Este buen camino—el de la luz, el del realismo que se dice fuerte y sano—antójasele al autor del "Santero" cosa vitanda ¡y lo prueba! Alcántara, Domenech, Barrado y otros críticos de arte, cansados de darle consejos, lo dejaron por imposible, con un gesto de resignación paternal... Corredoira hace un mohín, se santigua, musita un salmo y sigue trabajando recio, sin cambiar la senda.

Los hechos le van dando la razón de año en año. Adelanta visiblemente. Cada vez se parece más a sí mismo, es decir, al Corredoira místico y torturado que quiere que veamos en él.

Al principio se le negaba el agua y el fuego. Se decía que no dibujaba, que era un imitador del Greco—como si ello fuese un pecado y entrase siquiera en lo discreto motejar a los que se inspiran en Velázquez o en Goya—; se vociferaba que esos gustos atávicos merecen palos...

Luego, se admitió cierta sinceridad respetable en sus extraños procedimientos, y se achacó la persistencia en el error a influjo perverso de ciertas preferencias literarias que le sorbían el seso. Ahora se dice ya, sin rebozo, que Corredoira vale, que está en un período de transición y que va clareando, humanizándose, sin extremar los símbolos, y, sobre todo, sin abusar de los negros ni de los verdes. Lo que ustedes quieran. Salvo lo de que no dibuja—porque tras su aparente desdén por la pureza de la línea y por la perspectiva es un dibujante sólido y correcto—, de todo lo demás puede que haya un poco en la viña del señor. Posible es que en estas ensoñaciones arcaicas exista efectivamente mucho de literario.

Nosotros, que siempre hemos creído que en Corredoira había el germen de un buen artista, opinamos que, más que nada, la influencia del medio actúa sobre él. Lugo, antaño, presenció sus delirios primeros; Compostela, ahora, llena de misterio de tradiciones y recuerdos... Pero el influjo de Compostela es sedante, hondo, benéfico y educador. Aquel ambiente, la majestad de los monu-

mentos, la contemplación devota de las grandes obras sobre que han pasado los siglos, se avienen admirablemente con el espíritu religioso, sensible y culto de Corredoira. Lo que era en él intuitivo, toma cuerpo y adquiere consistencia. Todo allí le es propicio. Estudia mucho y domina como pocos la historia y la técnica de la pintura. Hará una obra definitiva. Tiene una voluntad enorme y parece ya serenamente encauzado. De cuánta es esa voluntad, puede juzgarse por el tesón con que sigue llenando lienzos a su sabor, desdeñando los alaridos de la crítica y contra el consejo de cuantos no comparten con él sus añoranzas milenarias. Se ha empeñado en vivir en un tiempo y pensar en otro, y va saliéndose con la suya.

¡Beato Angélico-Corredoira, arcaizante empecatado, que desdeña al sol desde que un día, como un ángel rebelde, le volvió la espalda en el estudio de Sorolla!

Va dicho que parece más comprensible y humanizado, y es verdad. Sus "Peregrinos jacobeos" de este certamen, son de una idealidad cautivadora, que interesa hasta a los profanos. En aquellas dos cabezas de extraordinario misticismo, se refleja una intensa vida interior. Los apóstoles, trasunto de los del Pórtico de la Gloria, que se esbozan en el fondo, han visto pasar contritos, en días remotos, aquellas figuras ascéticas.

En contraste—todo lo relativo que pueden ustedes suponer—se ofrece el singular retrato "Mi

mujer", lleno de suntuosidad decorativa, y tan valorado de tonos, que nada hay que disuene de la severa armonía del conjunto. El galgo que se perfila sobre la mancha lívida del característico caserío ribadaviense, el balcón estilizado, la mancha roja y opulenta del manto, la nota marfileña de las carnes, todo está sabiamente compensado. Adviértese en Corredoira, de cuando en cuando, esta propensión de pasar de lo ideal a lo real.

Sus "Cantores compostelanos" y "Ritos", dos lienzos de extraordinarias dificultades sobre los que parecen haber puesto los siglos su sello, contrastan poderosamente con otras obras del propio autor pertenecientes a una misma época. No es que claudique, sino que se pone más a tono con la verdad... dentro siempre, eso sí, de su modalidad peculiarísima.

Hablamos particularmente de aquellos dos cuadros, porque han venido aquí desde el estudio. Los demás, salvo la infantita, que tiene un encanto especial, ya han sido juzgados. Unos y otros llaman la atención poderosamente.

El público, la gran masa de público, se muestra, sin embargo, perplejo ante las obras sombrías, raras y sugeridoras de este hombre; pero él no se inquieta.

—Son almas sin fe. Todavía no las ha iluminado la divina luz... Bienaventurados los que creen y esperan...

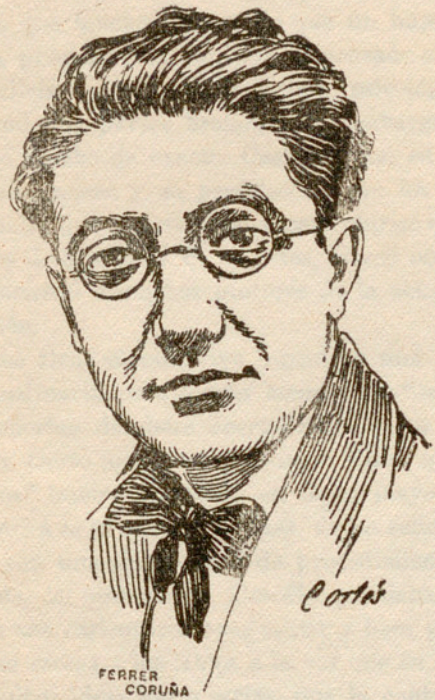
Esperemos. Xesús Corredoira sabe bien lo que hace y lo que dice.

Entre bromas y veras, fué de los pintores jóvenes que más positivo jugo sacaron en la Exposición pasada, en la que llegó hasta a dar una conferencia desarrollando las ideas más o menos fantásticas de su estética privativa.

Ahora acaban de abonarle el premio anejo a la medalla consabida, y, persiguiendo el ideal... y el dollar, proyecta celebrar una "Exposición Corredoira" en Nueva York...

Son abominables, sin duda, estos prosaísmos para quien como él no vive en el mundo... pero ¡es la vida!

CASTELAO



Eso, que muchos dicen, de que un humorista —este, precisamente—hubiese comenzado a crear en Galicia la pintura moderna, psicológica y trascendente, parece broma, y sin embargo, hay en ello mucho de exacto. Castelao, con su originalidad enorme y su predilección por los temas regionales que espiritualizó y caricaturizó en centenares de dibujos y de aguadas, marcó una senda y orientó a muchos pintores de la actual generación.

Como tiene el más vivo ingenio y una gracia extraordinaria para buscar asuntos de "tesis" y componerlos dándoles acertadísimo sabor local, fué, en cierto modo, un precursor. Claro que sus "monos" hubieran pasado sin dejar mayor huella, pese a la gracia de la línea, de no reflejar en ellos, con una simplicidad de procedimiento admirable, la más honda filosofía galiciana.

Con sus caricaturas hace sentir y hace pensar. La risa asoma a los labios a la vez que en el magín bullen ideas harto serias, que la contemplación de las estampas sugiere.

Detrás del dibujante experto, se ve al observador sagacísimo, que satiriza y hasta moraliza con

despreocupación aparente. Sus apuntes tienen alma y responden a una finalidad. En ellos palpita, doliente o zumbón, melancólico o rebosando socarronería, el espíritu de nuestra raza. Y aún se diría que es mayor la impresión que causan cuanto más sencilla la técnica.

En España apenas hay humoristas—nos estamos refiriendo a las artes plásticas—, pese a que anualmente se abre un salón en que los llamados "humoristas" se reunen. Castelao, que lo es por temperamento, como Julio Camba en las letras, pongamos por caso, nada tiene de particular que destacase en Madrid y, en todas partes por sus cartones y acuarelas geniales, tan gratos a la vista, tan analíticos, tan sutiles y llenos de refinadas intenciones.

Es el regocijado pintor de nuestra pequeña burguesía y del pueblo rural, de los ciegos chocarreros como de los abades opulentos; de los señoritos de la villa, igual que de las mozas garridas que van al molino en las noches sin luna... Es mordaz y jocundo, irónico y sincero. Siente los tipos con un verismo encantador. Pero aún es más difícil superarle en la interpretación real y poética del paisaje gallego. Las blandas lejanías en que se funden ríos y cañadas, valles y frondas y en que dibujan los pinos sobre las cumbres su silueta airosa, tienen en la pluma y en el lápiz de Castelao creación soberana, sin efectismos ni vanos alardes.

EL BUEN CURA

A. R. Castelao

Los pinos de Castelao son, sobre todo, algo característico y estupendo. Los dibuja con un acierto, una expresión y una realidad tales, que no es mucho decir que el viento murmura y se queja en sus copas y que los fecunda la savia de la tierra madre.

Así, con los medios más simples, produce la más honda emoción. En muchas de sus estampas, el color sirve apenas para teñir vagamente las figuras y entonar el fondo; pero el color casi es lo de menos cuando lo que fija nuestra atención es el espíritu, el alma de esas estampas deliciosas, típicas y geniales.

Por España adelante andan desperdigados infinitos dibujos de este exquisito artista enxebre, cuya facilidad de ejecución y de imaginación son tan grandes como sus dotes de observador. Es una pena que valiendo tanto como vale en su género, y teniendo influyentes amigos y admiradores, no se haya creado aún la situación independiente a que tiene derecho, y sepamos a veces que anda metido a puñetazos en singulares concursos... ¿Es arisco, es perezoso, no cultiva afectos, se despreocupa de las cosas? No, sin duda, aunque en el conjunto de la obra y de la vida de este inimitable pintor de los ciegos y de las escenas de la vida rural, parezca como que vibra siempre una nota de amargo escepticismo.

A la Exposición trajo Castelao poca labor nueva, aunque toda interesante. Un óleo—tal vez de los primeros que pinta—inferior a sus originales e inconfundibles dibujos; una acuarela con mucho carácter y ambiente campesino, y el maravilloso tríptico de los ciegos, ya popular por las muchas veces que lo reprodujeron ilustraciones y revistas, y por cuanto dijo en su elogio la crítica al ser premiado en Madrid. Pero a pesar de que en el envío no hubo mayores sorpresas, el nombre de Castelao, tan justamente prestigiado, sonó otra vez entre aplausos; que no en vano es de los artistas gallegos más rotundamente definidos.

Pensando en cuánto es capaz de hacer hoy, y en lo mucho que hará mañana, se evoca su extensa y pintoresca obra de ayer. ¡Qué bien hubiera hecho el poeta Rey Soto, por ejemplo, trayendo al certamen aquel otro tríptico definitivamente bello y fuertemente galaico y original, que posee, y que Castelao tituló "Una fiesta en la aldea"! Es asombrosa la verdad que hay en aquel primer cuadro "La misa en la rectoral", donde los curas cantan en el coro mientras sopla la flauta un viejo y toca el acordeón un mozo de ojos pícaros... Es un prodigio de movilidad, de sabor y de ambiente "La romería", trasunto fidelísimo del natural, con sus tipos netamente gallegos, desde el "ché" que torna de América y pellizca a la moza, hasta el mendigo del violín y la rosquillera frescachona. Y, en fin, ¡qué gracia loca la

del cuadro con que acaban la composición y la fiesta, moliéndose a palos entre las sombras de la noche, los curros más curros de la romaxe!

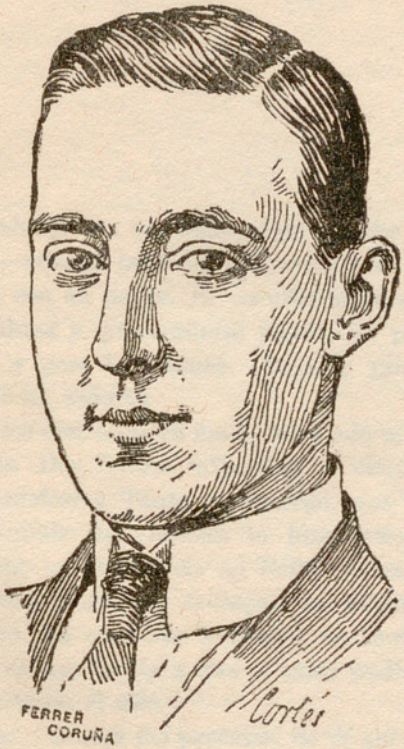
Y así "Mientras suena la gaita", "Dos egoísmos", "Copleros", "La siesta en Rianjo", "Nocturno"—un encanto de observación y de sentimentalismo manso—y tantos más.

Este es el Castelao genial, sencillo, psicólogo sagaz, el más gallego y representativo de nuestros artistas. Anda un poco esquivo con su arte en estos últimos tiempos, por desazones de una pasajera afección.

—Eso no es nada—le dicen los médicos—. No tiene usted por qué alarmarse...

Así sea, y que nosotros que mucho le queremos y admiramos, lo veamos con él. Estamos deseando que vuelva a la carga con toda la fuerza de su gran talento, para bien de Galicia.

GERMAN TAIBO



Todavía era un niño—siete u ocho años tendría—cuando salió de La Coruña para la Argentina, con su padre. El coruñesito revelaba unas inauditas y precocísimas facultades para el dibujo y para la pintura. ¿Para la pintura también? Sí, señores.

A los diez años ya había retratado al óleo a sus papás. Dos lienzos infantiles, es claro, pero no dos adefesios. Tanto no lo eran, que cuando el progenitor de Germán lo hizo inscribir como alumno en la Escuela de Bellas Artes y enseñó aquellos singulares trabajos del aventajadísimo retoño, los maestros hubieron de mostrarse escépticos en cuanto a que el chico pudiese haberlos pintado él solo.

Eso... es cosa del profesor. Se ve ahí su mano...

Y no había tal; como pudieron reconocer tan pronto como Germán ingresó en la clase de copia del yeso—codeándose con señores que pudieran

ser sus abuelos — y repentizó una estatua, con pasmosa seguridad en el trazo y en el claro oscuro, en dos o tres sesiones.

Allí obtuvo señaladas recompensas y ya espigado, tuvo la suerte de poder marchar a París bajo el amparo de una ilustre dama. Profesores y amigos bonaerenses diéronle recomendaciones para que le fuese más viable el acceso en la Academia Julién. Tuvo que sufrir un examen, una dura prueba de que salió airoso y allí pintó seis o siete años al lado del artista famoso. Después, voló confiando en su estrella...

Estudió mucho. Su labor es enorme. Poco a poco va abriéndose paso en la gran ciudad y conquistando nombre y posición.

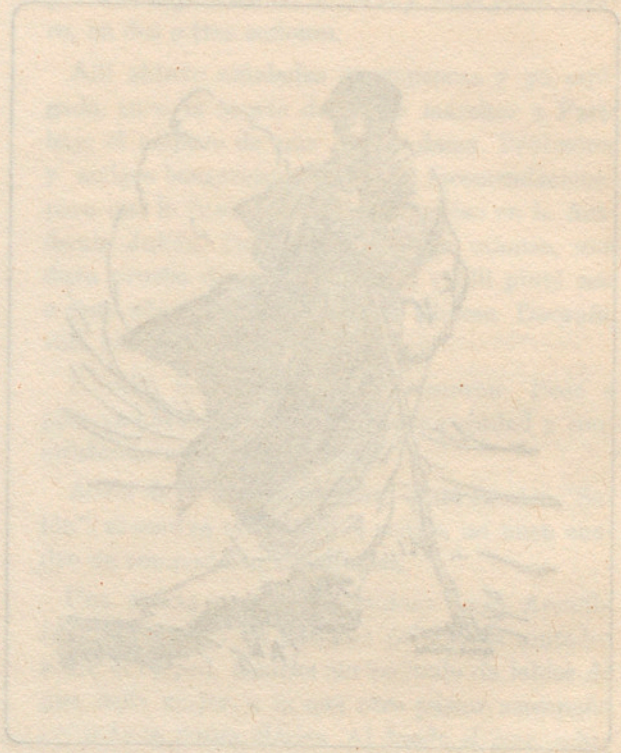
Antes de la guerra presentó en el famoso "Salón", al cual es tan difícil el acceso, un buen cuadro de composición dificilísima.

Una escena pastoral evocadora de la Arcadia feliz. Un grupo de pastores primitivos sentados sobre el césped, escucha un recitado de labios de una bella mujer, a la que otro pastor acompaña tañendo la flauta clásica. Al fondo el mar, sobre el que el sol riela. En primer término hierbajos, árboles, flores y corderos de blancos vellones. Un bravo alarde de desnudos, de contrastes de luz, de hábil agrupación de las figuras.

Obtuvo una medalla. Es el mejor comentario al mérito de este denodado rapaz coruñés — hoy

EN LOS PIRINEOS

Por G. Taibo.



tiene apenas veintiséis años — que triunfa lejos por sus propios méritos.

Envió un lienzo pequeño a la Exposición que años atrás se celebró en La Coruña. Después, sólo para que apreciásemos mejor sus paisanos cómo "hace" y cómo adelanta, siguió remitiendo a amigos y familiares notas diversas en las cuales destaca un carácter, lo cual no es poco. En todas ellas hay consistencia y vida.

Recordemos de estos ocasionales envíos un espléndido retrato de mujer — tamaño natural— que el autor denomina "Tipo parisién". Parécenos verlo.

La figura gallarda, altiva, correctísima de líneas. La "pose", de un chic verdaderamente exquisito. Sorprende y cautiva cómo el lienzo está pintado. Es el difícil triunfo del negro, que se acentúa o se difumina en los pliegues severos y en las sutiles gasas del traje y del sombrero y de los zapatos de terciopelo. La frescura carmínea de la cabeza destaca sobre el blanco cuello de la blusa. Esta nota risueña, llena de calor y las manos rosadas, son las únicas que establecen el contraste. Después, se impone toda la gama del negro transparentando la carne de los brazos desnudos y del pie breve; dominando con tonalidades varias y delicadísimas en toda la esbelta figura, que se perfila sobre un fondo claro, como en silueta.

La pincelada es amplia, la paleta jugosa. No hay resobamiento ni martingalas efectistas. Nada de estridencias. Una gran sencillez de factura y una admirable honradez artística.

Con posterioridad conocimos de él unas buenas marinas de Bell-Ylle y unos estupendos desnudos de mujer llenos de gracia y morbidez. El año pasado se lanzó a exponer en Madrid y llenó con sus lienzos uno de los salones del "Palace Hotel". Llegamos a la corte con mala suerte para visitar la instalación, que se había cerrado la víspera; pero las impresiones recogidas, los cariñosos comentarios de la crítica, daban a Taibo toda la importancia de un artista de alta categoría.

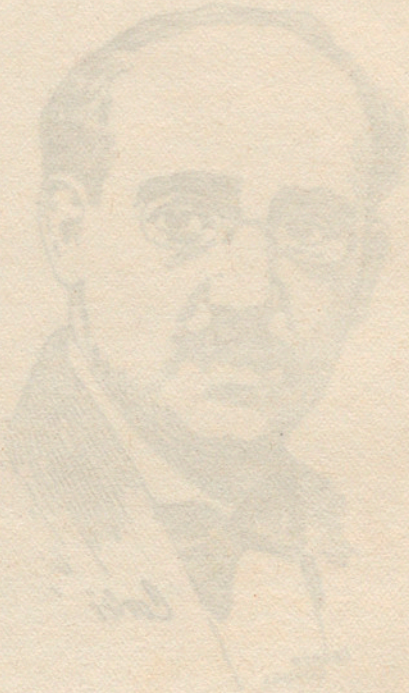
La Exposición del "Palace" constituyó un nuevo y señalado éxito, del que eran fervientes panegiristas los pintores extranjeros y las ilustres familias francesas, belgas, holandesas, etc., que en Madrid residen. Más identificadas con la escuela, con el gusto moderno del joven pintor, dieron un gran contingente de visitantes a su sala y no le escatimaron elogios ni dinero. Entre este público culto y selectísimo vendió Taibo varias obras realmente hermosas.

Dos envió en la ocasión actual para la Exposición gallega, pero pasaron dos meses desde que salieron de París, sin que pudiesen cruzar la frontera. Llegaron ¡al fin! a La Coruña a punto de clausurarse el certamen y el buen padre de Taibo renunció a exhibirlas. Fué una gran lásti-

ma, porque se trata de dos nuevos y vigorosos testimonios de la personalidad del artista, siquiera una de las telas sea sólo el boceto de un gran cuadro que en su día veremos.

Lo veremos, porque Germán Taibo que tiene a gran honra ser gallego y coruñés, piensa hacer en su pueblo una amplia exhibición de sus notables trabajos, cada vez más bellos y mas considerables.

CARLOS SOBRINO



Es otro de los jóvenes pintores que mejor acusaron su personalidad en el certamen: hubo en su envío cosas muy interesantes.

Desde luego llamó gratamente la atención en la sala primera, su "Cristo de Casal Dourado", un cuadro grande y bien compuesto en que la nota religiosa y la nota regional están tratadas con delicado sentimiento. Un cuadro de costumbres y creencias indígenas, que está pidiendo el muro de una capilla o de un oratorio para decorarlos como el más adecuado complemento. Con este lienzo ganó Sobrino una tercera medalla. Está, pues, juzgado, y bien puede afirmarse que es nuncio de más señalados éxitos para el autor, dentro de la pintura al óleo.

No tardarán sin duda, porque este pintor pontevedrés, profundo y sagaz, trabaja mucho y tiene una educación artística excelente.

Otro óleo que exhibe, un retrato de Castelao, no nos gusta tanto. Está bien de parecido y expresión, pero hace un poco duro y seco. A ello contribuye, tal vez, lo desolado del fondo. En cambio, donde Sobrino destaca y triunfa poderosamente, es en las acuarelas, en las sobrias y

deliciosas manchas a la aguada, o dibujos coloreados, en que hace revivir con el lápiz, con la pluma y con el pincel, los más pintorescos rincones del solar gallego.

Tienen algunas de estas impresiones tan enérgico carácter y tan vigorosa traza, que se dirían aguas fuertes vagamente iluminadas. Sobrino ha encontrado en los pueblos galaicos, en las aldeas escondidas, en los cementerios humildes, en los viejos pazos aldeanos, fuente de inspiración para su arte, un arte personalísimo y subjetivo que deja en el ánimo impresión fuerte.

Todas estas composiciones están deliciosamente ambientadas y constituyen unos fondos prodigiosos, del más puro sabor gallego. El agrupamiento artístico de algunas figuras, trocaría en cuadros muy bellos y característicos cada una de las preciosas láminas. Así "Almiñas", que llevó a la Exposición última y cuyo lindo boceto vimos en ésta, se nos ofrece como una página de honda psicología rural.

Sobrino es severo en el trazo, casi adusto en las tonalidades, pero da una sensación de verdad absoluta. Copia a Galicia con sincero realismo. Dibuja con solidez y con facilidad grandes, y como gusta de los bruscos contrastes de claro oscuro, obtiene los más sorprendentes efectos. Si se escribe algún día el libro de los castillos, de los pazos, de los santuarios, de las históricas villas gallegas, debiera ilustrar Sobrino ese libro jun-

tamente con Castro Gil. Harían preciosidades de observación y de reconstrucción!

De cuanto es el recio carácter de sus notas, da idea el hecho de que unos extranjeros que a Galicia han venido enamorados de cuanto hay de genuinamente peculiar en los tipos, en el paisaje, en la fisonomía—digámoslo así—de nuestro país, se han ido derechos al rincón donde las pequeñas obras de Sobrino se exhibían, y se apresuraron a comprar dos o tres, como preciado recuerdo. Son de lo más típico, indudablemente.

Los dos apuntes de Combarro; la calle de Noya, con sus viejos soportales de ojiva; la iglesita de Simes, en que la gracia de la línea es insuperable; el cementerio de Cesuras, que evoca el de la Adina, "de vella recordación", cantado por Rosalía; el patio señorial de Fefiñanes, con bruscos contrastes de luz y sombra que dan mayor grandeza al escenario... son páginas de una sinceridad y de una sencillez cautivadoras.

Gustan mucho todas estas geniales y acertadas notas de Sobrino, artista exquisitamente dotado, que va muy bien y que llegará lejos.

¡Ah! Su nombre va unido a la Exposición de Arte gallego de 1917, no sólo por la viva simpatía que inspiran su talento y su modestia, sino por otra circunstancia amable: es autor del original cartel del concurso, cartel con que difundió por España adelante la buena nueva del resurgir artístico de Galicia.

VICTOR MORELLI

VICTOR MORELLI

Es un avezado a estas justas artísticas. Varios de sus cuadros, principalmente de asuntos militares, figuraron en Exposiciones Nacionales, y obtuvieron elogiosas palabras de la crítica. El último—según nuestra cuenta—, que reproducía con vibrante sentimiento patriótico la hazaña del cabo Mur en la guerra de Africa, gustó por lo bien compuesto y entonado, y sobre todo, por el brío del grupo principal. Reflejó en otros lienzos, con su habitual pericia, enardecidas escenas de la guerra carlista, de las bélicas revueltas políticas que conmovieron a España en la minoría de Isabel II, de nuestras andanzas en Cuba... Seguramente estas grandes telas — algunas laureadas—evocan hoy desde el fondo de cualquier solemne despacho oficial, páginas tan gloriosas y casi olvidadas de nuestra agitadísima historia contemporánea.

Morelli, distinguido jefe de la Guardia civil, manejó durante cierto tiempo aun más los pinceles que la espada. Pero sus preferencias fueron siempre para los temas guerreros, que mejor se

avenían con su temperamento dentro de la milicia del arte. Como Detaille—es claro que en discreta gradación—o como Navarro, Unceta, Estevan y algunos más en España, prestó gran atención a la pintura de caballos, y trabajó mucho, con fortuna, especializándose en el difícil género.

Ahora parece retraído. Produce menos en esta última época. Ya no riñe batallas. Por lo menos, no sabemos de ninguna nueva y fuerte obra suya, de esta índole, que haya sido comentada recientemente. Diríase que, como un bravo soldado que cumplió con su deber, busca el bien ganado reposo sobre los laureles aún frescos...

A nuestra Exposición trajo un solo cuadro. Un retrato. Un retrato muy decorativo de una hermosa dama, enjoyada, erguida y envuelta en pieles, en el cual puso el artista toda la suavidad, todas las exquisiteces de su paleta luminosa, modelando bien, dando a las carnes rosadas transparencias y morbideces delicadas.

La figura está dibujada fina y correctamente, y la pintura tiene la sugestiva atracción que es indispensable en estos retratos femeninos, forzosamente un poco influenciados por la suprema idea de hacer bien y realzar los naturales encantos del modelo. Hay en este bello retrato trozos excelentes. El fondo es sobrio, y el conjunto, dulce y brillante, ofrece una elegantísima nota señorial, del mejor gusto.

Naturalmente que Víctor Morelli hace más que

INSTITUTO AMATLLER DE ARTE HISPÁNICO

esto. Díganlo "La carga de Treviño", por citar sólo uno de sus cuadros grandes más conocidos. En la próxima Exposición de Arte gallego, nos deparará una sorpresa. Sabemos—y vaya dicho en secreto, porque el artista no lo ha contado a nadie—que este verano ha trabajado tan afanosamente como en sus años juveniles, pintando del natural, con modelos de indiscutible *enxebreza*. Sabemos que de estas jornadas serán fruto algunos cuadros genuinamente regionales. Morelli tributa, al fin, al país natal la ofrenda de su arte, traduciendo escenas vividas en el paisaje y entre el paisanaje de Alvedro.

GONZÁLEZ DEL BLANCO

No pudimos dar con una fotografía suya. Fernando Cortés, el notable redactor artístico de "La Voz", hizo este apunte del magnífico autoretrato que el interesado envió al certamen.

Así, en pose de Príncipe Hamlet (?), con una calavera en las manos, sirviendo de fondo a la figura el panorama de una ciudad italiana que perfila sus campaniles sobre un cielo de paz, quiso este artista santiagués presentarse, después de mucho tiempo, ante sus paisanos gallegos. Es original. Vemos que vuelve gallardo y... calavera, y sobre todo, que vuelve hecho un buen pintor.

"Roberto Daniel González del Blanco—dice al pie del cuadro una historiada leyenda—in Firenza faceva..."

Este gentil señor de Firenza, encuadrado en un soberbio marco del Renacimiento, lleva corrido luengas tierras. Hace rato que se fué a Francia, a Bélgica, a Italia, a Turquía, a Marruecos... Un deudo suyo, ilustre dignidad de la Catedral compostelana, hubo de fomentar en él las felicí-

simas dotes artísticas que ya apuntaban, y al morir, contribuyó un legado suyo a darles todo el amplio desarrollo que requerían y que un muchacho, lleno el magín de ansias de belleza, puede soñar. Creemos recordar que años antes de esto, González del Blanco, ya muy hecho y bien recomendado, pidió y obtuvo una pensión de una Diputación provincial gallega, pensión que fué anulada antes de que pudiese disfrutarla... La historia se repite. Es una lástima para nuestras corporaciones, que podrían enorgullecerse de haber dado la mano a quienes, como Roberto González, Juan Luis, Concheiro, etc., tan seguros están de sí mismos cuando piden. Adelante...

En ambientes tan refinadamente propicios cultivó su espíritu el artista. Fuéronle familiares los Museos y las perdurables obras de los gloriosos maestros. Aprendió de otros la técnica moderna y concretó sus gustos y tendencias. El estudio de los grandes pintores italianos y franceses, influyó singularmente en su ánimo, persiguiendo las finas armonías dentro de una admirable austeridad de procedimiento; y al cabo de esta disciplinada labor, vémosle muy dueño de sí, rico, extenso y vario en sus obras, con una personalidad ya creada.

Los cinco cuadros que mandó a la Exposición gallega, no son gallegos, naturalmente; y acaso a eso quepa atribuir que críticos y conferenciantes más propicios, de momento, en halagar nuestros

afectos regionales, no hubiesen tenido para esos lienzos, totalmente exóticos, las palabras de franco elogio que merecen, limitándose algunos a citar al autor con no mucho tacto en la compañía que le daban. Eso no obstante, las obras notables de este artista, con todo su exotismo y academicismo, pero también con su sinceridad expresiva, pueden figurar en lugar preferente.

No hemos asistido al paulatino crecimiento de su arte, y no podemos juzgar de sus rumbos primeros. Vémosle ya en un período de dominio y seguridad excelentes. El cuadro "Familia" trasciende a museo. Aparte la filosofía de la obra, revela a un muy correcto dibujante y a un colorista sobrio, pletórico de sentimiento, que sin extraños efectos de luz y sin salirse de la justa impresión del natural, acierta a producir emoción y a interpretar difíciles estados de alma. Las figuras de la vieja y el hombre de la roja pelliza, están expresadas con unción. El rezo silabea en sus labios mientras la mirada se dirige a la altura. La niña del primer término diríase que tiene relieve escultórico.

El estudio de valores, la armonía de la composición, la originalidad con que están resueltas las muchas dificultades que encierra, hablan de un artista ya muy diestro.

Otro excelente cuadro es el titulado "Perfume". Aquel negrazo de la mitra de colorines y el albornoz oscuro, que alza en la mano un alica-

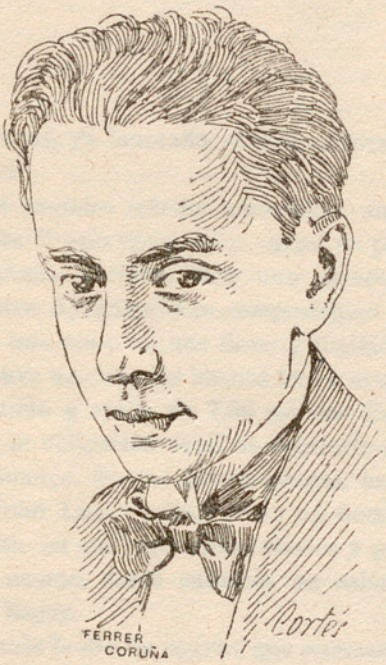
tado pebetero, está ejecutado con blandura y gran dominio de la luz. El autor sabe bien lo que pinta. Vémosle mostrarse más colorista cada vez, y así en la "Sibila", de Tánger—que refleja en los grandes y hermosos ojos una enorme vida—, y así en "Fátima", que ofrece la faz risueña y bella dejando caer el pañolito que la cubre, interesan la transparencia, los briosos efectos obtenidos dentro de un aparente y mínimo esfuerzo. El chal de la que llamamos Sibila por el enigma de los ojos y por los amuletos que muestra mientras sonríe zahorí, es un delicado alarde detallista, nada recargado, sin embargo. Hay en estos cuadros, además de finuras de procedimiento, aciertos de estilización muy apropiados. La manera de hacer es suave y académica. González del Blanco resulta uno de los jóvenes pintores gallegos—españoles diremos mejor—más cultos y que merecen especial consideración.

Los marcos que puso a sus lienzos—¿está permitido hablar de los marcos al tratar de arte?—son sencillamente principescos. Unos marcos de nabac que sabe gastarse con gusto el dinero. Ved en ellos otra suntuosa manifestación de las industrias artísticas, susceptible de amplia aplicación en Galicia.

En otras notas, dispersas aquí y allá—dibujos, carbones, manchas que aparecen fechadas lo mismo en París que en Constantinopla, en Palermo o en Brousse (Asia), porque este gallego las gasta

así—, resaltan siempre la originalidad, la seguridad y el buen gusto. Su auto-retrato, ya se ha dicho que fué acaso de lo mejor de la Exposición. Cabe añadir que el autor es uno de los más distinguidos, brillantes y capacitados expositores. Su ilustre deudo—que santa gloria haya—supo a fe lo que hizo al propulsar sus artísticas aficiones de mozo.

JUAN LUIS LÓPEZ



Este rapaz, ya laureado, es una admirable improvisación.

En sus grandes méritos presentes—un nuevo título para él—no tienen ni tanto así de parte las Corporaciones oficiales. Hay una excepción: el muy ilustre Ayuntamiento compostelano le subvencionó una vez para que fuese a Madrid, a Roma... Estuvo ausente sus buenos tres o cuatro meses cobrando a razón de 7,50 pesetas diarias..., pero con la obligación fatal de regalarle un cuadro al Concejo. El que quiera gangas, ha de sudarlas. Juan Luis cumplió como un hombrecito, y el lienzo, en que hay felices atisbos y positivos aciertos, exorna desde entonces un salón de la Casa de Rajoy.

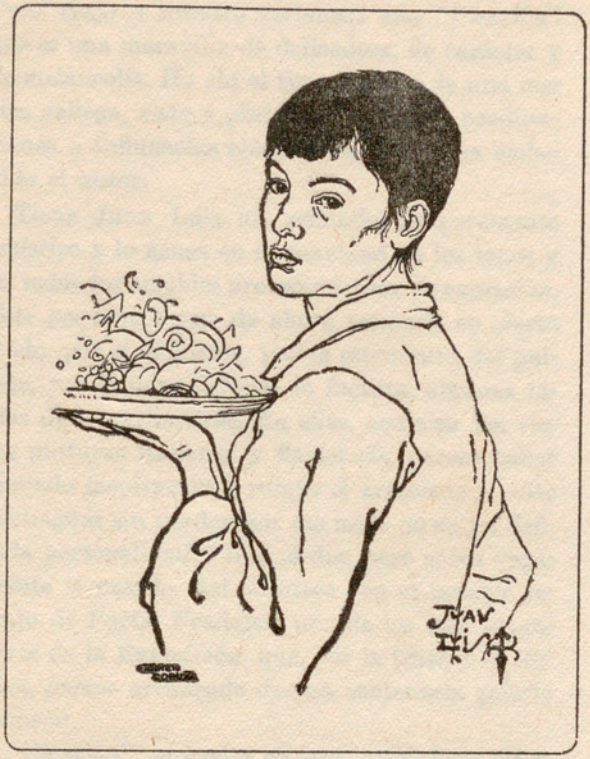
Nadie más le dió un cuarto, que sepamos, hasta que hace poco el Estado le metió en la mano un puñado de duros. ¡Cuántos sacrificios para obtenerlos! ¡Qué suma de esfuerzo y de tenacidad, apenas presumibles en el cuerpo desmedrado del artista!

Se inició en el dibujo en las clases de Artes y Oficios de Compostela; pero él dice, y con razón, que tuvo que dibujar y que modelar y que aprender colorido y muchas otras cosas cuando ya hacía rato que no era alumno de aquella Escuela. Bien. El caso de Juan Luis, con ser típico, no es raro, por desdicha, ni será el último. La protección oficial y la enseñanza oficial provinciana, corren parejas.

Porque tiene una enorme vocación y una voluntad firme, fué abriéndose paso hasta ahora, muy apacible y circunspecto, pero tenaz. Vémosle, sucesivamente, exponer en Santiago, en el Centro Gallego de Madrid y en el último concurso nacional de Bellas Artes, como ahora en La Coruña. Su nombre suena. Le elogia la crítica y algunas revistas de nota reproducen sus cuadros. Tiene ya una medalla, y en su pueblo natal le han dado un banquete. ¿Qué tal? Tan débil como parece, este galleguito de altivos pensamientos y alma bien templada logró descollar en lucha franca. Dios le conserve el ánimo y haga que no se malogre tan precoz y poética realidad del arte regional.

❖

No conocemos "Florisel", la dulce cabeza de niño valleinclanesco con que acaba de triunfar en la corte. Espléndido como un gran señor de romancero, Juan Luis se la regaló a Francés, que



PICARIÑO

Por Juan Luis.

le llamó pintor-poeta y príncipe del ensueño. Pero trajo a nuestro certamen una "Picariña" que es una maravilla de delicadeza, de carácter y de melancolía. He ahí el tipo genuino de una mocita gallega, visto y pintado a través de predilecciones e influencias clásicas en que se ha embebido el autor.

Tiene Juan Luis un refinado temperamento artístico y lo acusa en la suavidad de los tonos y en todos los amables procedimientos de expresión. Este pequeño lienzo de ahora recuerda en cierto modo, por el ambiente, por la estructura del paisaje, por lo minucioso de la factura, algunas tablas de los primitivos. En ellas, como en las viejas pinturas italianas y flamencas, parece haber buscado inspiración y rumbo el arriscado y culto santiagués sin perder por eso nada de su ya definida personalidad. Pinta al día, pero evoca vagamente el pasado. Así acontece con el notable retrato de Portal Fradejas, uno de los más expresivos de la Exposición, que, por la traza y la técnica, parece arrancado de una centenaria galería señorial.

"Picariña", envuelta en una atmósfera plácida, tan candorosa y bonita, con su negra crencha de pelo y su pañuelo de "alfombra" que es la verdad misma, ejerce una atracción singular. Tiene alma esta encantadora figulina. Se ve a Juan Luis acercándose trémulo de inspiración y de ardor al cuadro, queriendo trasladar a él cuan-

to su idealidad le sugiere para poetizar y embellecer el modelo. Lo consigue con la blandura de ejecución, con la gracia con que funde las tintas sin resobamientos, pero, más que nada, por obra y gracia de su sensibilidad exquisita.

Así está expresada la linda muchacha, con todo el candor que le cuadra, superior al de las "Nenas de Rosalva", otras dos aldeanitas galaicas, de rostro ingenuo, hermosas como un amanecer en la aldea, que también interesan mucho.

Estas "Nenas", aunque algo opacas, como envueltas en un halo azulino, están muy bien entendidas y son dos fragantes flores del campo gallego. El sentimiento de la composición se ve que es otro de los que asisten a Juan Luis. La rapaza del refajo encarnado nos parece, sobre todo, pintada con una enorme seguridad y tiene desde luego la más bella y sugerente expresión sin abigarramientos ni vulgaridad... Juan Luis es, efectivamente, principesco, romántico, limpio de toda mácula de mal gusto.

Otro cuadro de cierto empeño es el "Primer milagro de la Virgen de la Esclavitud", preciado exvoto que será ornamento del santuario famoso. Hay en la tela claros aciertos de ejecución, por ejemplo, los bueyes, la santa milagrera y la chiquilla sentada al pie, que se parece como dos gotas de agua a una de las "nenas" ya citadas.

Además de estos óleos, presentó Juan Luis unas geniales estampas a blanco y negro, unas

singulares acuarelas que parecen esmaltes, un retrato originalísimo de Valle Inclán, lleno de vida y de intención, siluetado en negro sobre las evangélicas figuras de una vidriera bizantina, con tanta espiritualidad como el magnífico de Anselmo Miguel. Por cierto que vimos en estas bellas y fragmentarias composiciones el primer desnudo de la Exposición—tan honrada y tan pulcra que no parece integrada por artistas mozos... "Leonina" se titula y está finamente dibujado; pero el que más nos atrajo por su policromía y hasta por su simbolismo audaz, es "Bienaventurados...", en que parece flotar el espíritu secular de Compostela, cuyas altas torres se dibujan a lo lejos.

El envío de Juan Luis fué, en conjunto y en detalle, de mérito. Se ve cómo avanza el simpático muchacho—¡es tan niño!—sin titubeos; lleno de fe, de ardor juvenil y de serena confianza en si mismo. Adelante, adelante...! Pero hay que secundarle con efusión, con sincero afán de serle útil. Vale más que pesa y es una gran pena que tan extraordinarias facultades como las que revela tengan que manifestarse por sí solas, a pruebas de escaseces y contrariedades, en un medio por lo general de aplanadora indiferencia... En Juan Luis se está formando—decía Pepe Francés a este respecto—una de las más excelsas figuras de mañana. Cierto; y cuanto se haga en su bien, irá en bien de Galicia.

DE MANUEL BUJADOS

Sin duda le conoce el lector por sus dibujos, por sus brillantes manchas de color de un exotismo característico. Baste este conocimiento, ya que no pudimos hacernos con un retrato del artista. Bujados no lo tiene o rehuye darlo. Prefirió enviarnos el apunte femenino que antecede, repujado a pluma, que nos parece una maravilla. Bueno: Bujados gusta de ser genial hasta en esto.

Su obra fué algo aparte y personalísimo en el presente concurso. No tiene nada absolutamente que ver con Galicia, aunque el autor sea de Vivero. Evoca por la suprema distinción, por la gracia, la idea y la sensualidad, otro arte y otras épocas: unas veces la pompa oriental, y otras, los días luminosos de Versalles y del Trianón; las figuras galantes cuyo recuerdo llena aún aquellos salones y aquellas frondas; el arte exquisito de los venecianos o las telas sutiles y deslumbradoras de Watteau.

Bujados es un refinado que, sin afectación, con una elegancia extraordinaria, da a sus fantasías un sello de originalidad estupendo.

Aquí envío dos pinturas de ensueño, en que se manifiesta, juntamente con una deliciosa corrección de dibujo, el más deslumbrador cromatismo. Diríase que se trata, más que de pinturas, de esmaltados y policromados dignos de Lucca.

Este procedimiento pletórico de tonalidades vibrantes, ofusca y desorienta un poco a simple vista. Ocúrrese pensar que sería magnífico aplicado a la cerámica, en divinos mosaicos, que darían, dentro del gusto moderno, la sensación intensa de las pinturas y esmaltes bizantinos.

Detallista, puntillista hasta un grado increíble, sus concepciones son, sin embargo, amplias y atrevidas. Con la pluma o con los pinceles borda, repuja, graba, estiliza hasta la máxima exquisitez.

Una cinta, una cabellera de mujer, el país de un abanico, las joyas y recamados de un vestido..., tienen en Bujados el intérprete más genial, más fiel y apasionado. Una filigrana de orfebrería son realmente todos sus trabajos, fuertemente extraños y adorablemente bellos.

No creáis por eso—quienes no los conozcáis—que cae jamás en las timideces de la miniatura.

Sus dos estampas de ahora—vendidas ya a los pocos días de estar expuestas—desconciertan y atraen. "Las novias del diablo" es algo tentador, en que un desnudo cálido y cimbreante de mujer, pone su nota perversa. Las otras sensuales mujeres, las lejanías versallescas, dan la magia de su

belleza y de su luz verdeante y endiablada al conjunto.

"Los espectros de la música" es una composición llena también de evocaciones. Ante el órgano monacal que pulsa beatífica una monja aureolada—supongamos que es la organista Cecilia—, danzan a la lívida luz que tamiza el rosetón policromado, las más dantescas figuras, entrelazadas, enracimadas con retorcidos gestos y actitudes livianas como en los audaces frisos y capiteles de algunos viejos palacios y de los pórticos de ciertas iglesias milenarias. En primer término, dos gráciles encapuchadas, una de las cuales sostiene la exangüe cabeza del Bautista, recién cortada, como una Salomé de pesadilla, ofrecen un contraste mundano y cruel con la nota sobria del templo. Sus risas de pecado parecen perderse y fundirse en los ámbitos, con las notas solemnes que las místicas manos arrancan al teclado...

Las coloraciones fuertes y animadas de los ropajes, de los ondulantes collares de pedrería, de las plumas rizadas que empenachan las cabezas, dan la sensación de espléndidas lacas transparentes. Es Bujados de lo más original que hemos visto, y es su técnica cautivadora.

En las grandes publicaciones de arte, habíamos admirado la pálida reproducción de algunas de sus obras en color; pero nada puede compararse

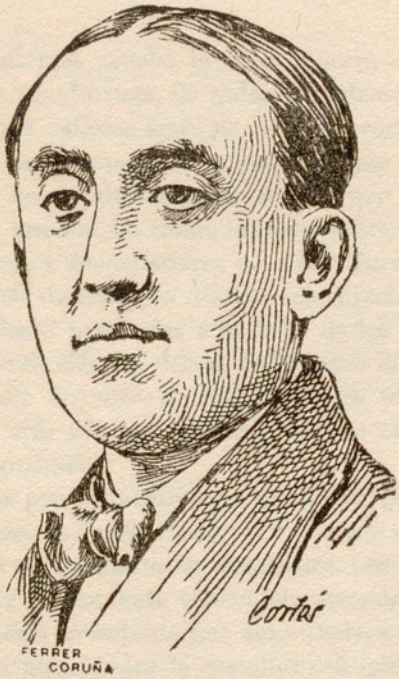
a la formidable riqueza de tonalidades de esas propias obras vistas de cerca.

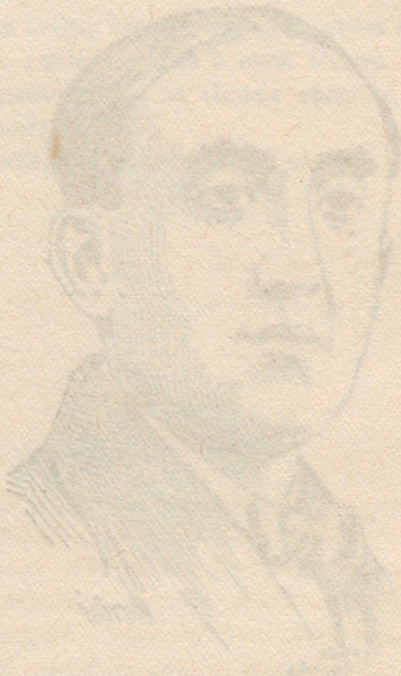
¿Dónde aprendió y dónde cultivó Bujados ese arte precioso y rutilante como gemas heridas por el sol? De seguro que no en Vivero, aunque allí vive.

Y a un artista tamaño, capaz de obras tan peregrinas, ¿quién le dice a estas alturas que se oriente pensando en su Galicia apacible, neblinosa y melancólica?

¿Es gallego y triunfa en su género? ¡Basta!

CASTRO GIL





Nos interesa mucho la obra sincera de este pintor y acuafortista, de quien conocíamos escasos aunque valiosos trabajos. De sus triunfos en Madrid, tan alentadores en los comienzos de una carrera, hemos ido teniendo noticias por los periódicos, que son, en suma, los más constantes divulgadores y fomentadores del arte. Sin el estímulo tenaz de las hojas diarias, tan injustamente censuradas o preteridas a la hora de los elogios por quienes más les deben, hubiéranse malogrado en este terreno—en casi todos los terrenos, pero de arte estamos hablando ahora—no pocas felices aptitudes

Artista por temperamento, de lo más personal y fecundo, el joven Castro Gil destacó en este concurso por la exaltación romántica, por la fantasía, por la exquisita técnica de operador y la originalidad grande de sus agua-fuertes. Se caracteriza además por la sencillez con que interpreta con los colores el paisaje moderno.

No sabemos cómo se formó ni cómo pudo encontrar el verdadero camino de su talento natural.

Aparece ante nosotros ya hecho, laureado en la sección de grabado de la Escuela de Bellas Artes de la corte y en la Exposición nacional, y reputado como un artista de excepcionales facultades para aquel dificilísimo género de ilustración gráfica.

No es ni frívolo ni vulgar. Al contrario. Se aprecia ante sus láminas la seguridad de la ejecución—un rayado elegante y vigoroso, un mordido limpio y una estampación irreprochable—a la vez que un gusto amplio y una idealidad encantadora. Condiciones que difícilmente suelen darse en un mismo artista que a tal especialidad se dedique. De ahí que los acuafortistas buenos sean tan raros.

Es quizá Castro Gil el único dibujante y grabador gallego que obtiene del agua-fuerte tan soberbios y geniales efectos. Y bien puede asegurarse que, en este orden, difícilmente se le sobrepuja

Impregnado el espíritu de evocaciones legendarias, con algo de intuición mística, refinado y señorial, traslada a sus planchas, con una grave nobleza de estilo, las más soberbias impresiones. Traen a la memoria algunas de sus obras, audaces y vigorosas, los nombres de Durero, de Goya y de Holbein, por la genialidad trágica, lo valiente del claro-oscuro y la delicadeza o la solidez del dibujo.

Su copioso envío a este concurso no se pareció a ningún otro, ni cede a nadie Castro Gil en pasión ni en carácter individual. Entre sus aguafuertes las hay sencillamente admirables: dulces y ensoñadoras como la contraluz de la Moncloa —acabado estudio de árboles en una tonalidad dorada—y los desvaídos veleros del arenal gallego; o de una extraña fortaleza en la composición y un desolado simbolismo, como "El poder de Castilla", "Ruinas", "La cima de los grajos", "El jardín de los muertos", "El jardín de los amores"... Lo crudo del procedimiento gráfico se aviene del mejor modo en estos dibujos con la idea expresada, haciéndola palpable y prestándole toda su grandeza.

El castillo — trasunto como de pesadilla del castellano e histórico castillo de la Mota —, que se alza en la cumbre de un cerro, sojuzgando, aplastando, por decirlo así, la inmensidad del llano que lo rodea yermo, es la más terrible alegoría que hemos visto de una dominación secular y de un poder tenebroso.

"El jardín de los muertos", fantásticas ruinas que perfilan sus moles sobre masas de árboles; "El jardín del amor", en que una fuente rima su canto eterno entre la penumbra llena de misterio de un parque; la "Calle del placer" y la "Plaza de las brujas", perspectivas magníficas, de vibrantes contrastes y rompimientos atrevidos, diputan también a Castro Gil como un ar-

tista de firme relieve que marcha rápidamente hacia la consagración dentro del género.

Tuvieran al pie estas páginas robustas una prestigiosa firma exótica, y no es dudoso que, con ser las mismas, la admiración hacia ellas se acrecentaría. "La Esfera" y otras ilustraciones las reprodujeron, y se nos ocurrió entonces, al verlas, esa observación justa. Y a fe que es cosa peregrina leer el nombre modesto del joven pintor de Lugo, afirmando gallardamente la paternidad de obras de tanta fibra en un aspecto del arte que tan grandes dificultades ofrece por su técnica peculiarísima!

No eran exagerados, no, los juicios ampliamente lisonjeros que hasta nosotros habían llegado del alto mérito de Castro Gil y su genial especialización en estos grabados, magníficos y originales, que en España sólo cultivan como maestros Verger, Baroja y muy pocos más.

Tiene ya nuestro paisano una personalidad tan enérgicamente acusada como sus propias aguafuertes, y le sobran alientos para mayores empresas. Nos es muy grato saludarle como una realidad positiva entre el grupo animoso de artistas jóvenes que afrontan serenos el porvenir.

❖

Digamos algo de sus cuadritos al óleo, tres de los cuales ocuparon puesto en el salón de honor del certamen. Se ve cómo, lejos del reino del en-

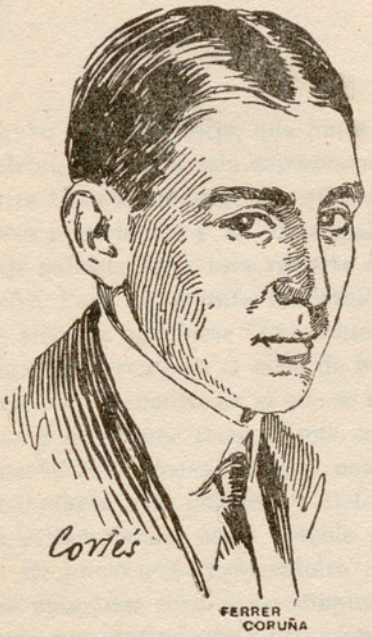
DÍA DE DIFUNTOS

Por Castro Gil.

sueño que le cautiva en sus "Caprichos" del aguafuerte, conoce y analiza bien las relaciones del arte con la Naturaleza. Es un impresionista jugoso y espontáneo, que aprecia todo el valor del paisaje, las formas, el aire y la luz, y ofrece notas de mucho sabor local. "A chousa de Rabelas" es, por ejemplo, un cuadro alegre y luminoso, un trozo de pintura a plena pasta que atrae las miradas. La gama dorada de los campos en el primer término, contrasta con las tonalidades algo frías del fondo. Produce grata impresión. "O Rato", acusa la misma factura suelta, aunque ya la espátula rae el color y concreta los términos. "Alrededores del Miño" es un mimoso apunte en que están muy bien entendidos los reflejos de la luz sobre las aguas, y tiene, como los anteriores, marcado carácter regional dentro de la personal manera de hacer y de sentir del autor. La mancha de la Moncloa da otra sensación perfectamente entonada del natural.

Cabe esperar mucho, repetimos, de este buen Castro Gil. Si sus soberbias pruebas de aguafuerte denotan una maestría y una originalidad extraordinarias, sus notas al óleo muestran un colorista serenamente encaminado. Tiene las más propicias dotes de facilidad, gracia y vigor. Posee entusiasmos y voluntad. Irá lejos.

BELLO PIÑEIRO



Este bravo mozo del Seijo, que pinta tan bien y que celebró ya por sí sólo exposiciones de sus obras entre francos aplausos de estímulo, siente como pocos el ambiente y la "doce malenconía" del paisaje gallego. Trajo esta vez tres cuadros a La Coruña. Para su triunfo hubiérale bastado con uno, siempre que fuese "Promontoiro", que ocupó lugar preferente en el salón de honor.

En torno de tal cuadro, en el que se unen a la delicadeza y al primor técnico, una espiritualidad conmovedora, vienen girando cuantos elogios se tributaron a la pintura de Bello Piñeiro y a sus características como notable paisajista regional. El juicio que "Promontoiro" merece a las gentes enteradas como a los simples curiosos que valoran por sentimiento e intuición, es idéntico: allí palpita el alma ensoñadora de Galicia.

Está allí reflejado, "retratado", en efecto, con pasmosa sinceridad, un trozo admirable de nuestra tierra. Pero, además, el autor, que busca di-

recta inspiración en la Naturaleza, puso en este lienzo, juntamente con una técnica suave, toda su fina sensibilidad.

¡Ahí es nada—bien puede sentirse halagado el artista—esa tan perfecta unanimidad en la alabanza de una obra! Acertar con "el cuadro", sintetizar en él todos los afanes y los supremos anhelos de belleza, hacer llegar al espectador la misma honda emoción que domina el espíritu en el solemne instante en que los pinceles inspirados sorprenden e idealizan los encantos del natural, es sin duda la aspiración en que culminan los sueños del artista. Bello Piñeiro, en este lienzo breve, tuvo el acierto más feliz.

Con haber tantos paisajes en el certamen, descolló el suyo por derecho propio. Era una nota aparte y personalísima, impregnada de ternura, modelo de sencillez y de verdad.

Sobre un altozano costero alzan su silueta gallarda unos pinos dibujados, pintados "recortados" con tan suprema gracia, que por sí solos, dan la más intensa sensación de vida. Las copas severas que como un palio despliegan sobre el fondo crepuscular del cielo su fronda rumorosa "de escuro arume arpado", están tratadas con una espontaneidad y un verismo de maestro. La ría del Seijo deslízase callada, reflejando en sus aguas de plata la mancha leve del caserío frontero. Más lejos, los montes difuminan su masa en el horizonte, mientras avanzan las sombras de

PINOS DEL PROMONTOIRO — F. Bello Piñeiro

la noche. Hay en torno a los pinos, en lo alto, un soberbio rompimiento de luz, como un halo luminoso que anuncia la salida de la luna. Todo es paz y recogimiento. Diríase que suena lejos la campanita de una iglesia llamando a la oración. Los pinos parecen "zoar" ledos, con blando cabeceo...

"¿Qué din os rumorosos
na costa verdecente?"

La difícil media luz, la dulce y serena armonía de la composición toda—mezcla bien ponderada de poesía y realismo—, evocan las magníficas y melancólicas obras de Millet, sin que por eso deje "Promontoiro" de ser tan castiza, tan genuinamente gallego como lo es aquel delicioso paraje de nuestras rías.

En este examen de valores artísticos, ved aquí uno altamente cotizable. Resulta interesantísimo apreciar cómo ve y cómo siente el paisaje de su país el joven Bello Piñeiro, temperamento delicado y sutil. Por lo menos, cómo lo siente en esta tela "saudosa" y acariciadora como un alalá...

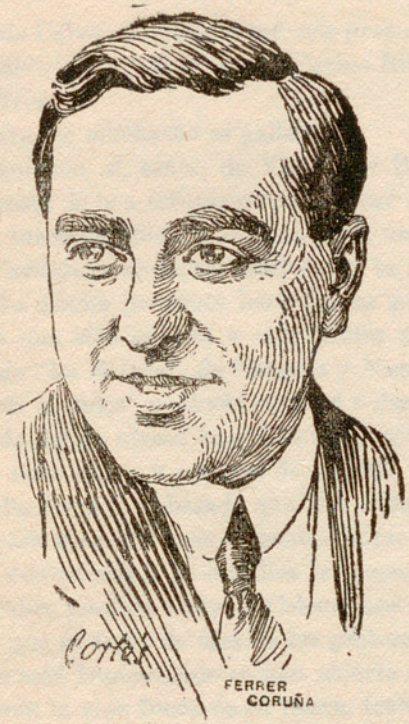
No nos pareció a tanta altura en "Arroeiro" y en "Boado", sus otros dos cuadros, de tonalidad más vibrante, más crudos y harto distantes del primero en punto a sobriedad y belleza del conjunto. Pero prescindamos de ellos. Para acusar lo mucho que vale y de cuánto es capaz pintor tan joven y bien dispuesto, basta en verdad con ese

precioso lienzo tras el cual se van todas las miradas, y en el que han reparado con encomio los demás artistas y los críticos doctos.

—He aquí un pintor que procede segura y libremente...

—Sí, señores, un excelente pintor, con un talento y una personalidad ya sorprendentes...

FEDERICO RIBAS



Ricardo Calvo, el genial actor, nos preguntaba, sorprendido de ver figurar a Federico Ribas en esta galería:

—¿Pero ese muchacho es gallego?

Galleguísimo, sí, señor, de Vigo o de Bueu, a donde gusta de ir a refugiarse para gozar del panorama incomparable de aquellas rías, cada vez que sus artísticas andanzas madrileñas se lo permiten. La misma pregunta hace mucha gente de por acá que sólo aprecia a este pintor por sus planas de "La Esfera", de "Blanco y Negro", de "Por esos Mundos" y demás revistas e ilustraciones desde donde ofrece hace tiempo al gran público la nota nueva y original de su arte.

Aquella firma deslabazada que dice Ribas—así, con b, para despistar más—, puesta al pie de deliciosas caricaturas o de estudios seriamente realizados, dice también Galicia. Celebremos que así sea, ya que se trata de uno de los pintores jóvenes que más francamente se han abierto camino y se ganan la vida fuera de su tierra, trabajando mucho, eso sí, pero con positivo éxito.

Ribas, como Bartolozzi, Zamora, Bujados, Moya del Pino, Penagos, Cerezo Vallejo, Castro Gil,

Monteserín, Marín, Castelao, Ramírez, Varela de Seijas, Máximo Ramos y pocos más, y aun quizá mejor que varios de ellos, está emplazado ventajosamente dentro de una tendencia refinada, decorativa y bella del arte moderno. Y hace cosas preciosas.

Subsiste todavía en España la necia preocupación de que el cartel, el anuncio ilustrado, los dibujos de propaganda industrial, etc., constituyen un arte inferior y desdeñable. Error profundo. Si algo se debe lamentar, es la relativa cicatería con que aún se cultiva en España, porque hay que ver qué rango y proporciones alcanza en otros países, y cómo se estima y qué bien se paga.

Si el artista vale y a una técnica segura y hábil suma fantasía, originalidad y buen gusto..., no haya cuidado de que pase inadvertido. Dará su nota donde quiera que sea: en una estampa de toros como en el reclamo de un jabón o en la portada de un libro, y el público sabrá apreciarla inmediatamente. Eso de la inferioridad de estas novísimas manifestaciones artísticas, es voz que hacen correr los que no pueden abordarlas porque les sobran "ciencia" y prejuicios y les faltan espiritualidad, gracia en la línea, "saber hacer", en una palabra.

Así andan por ahí carteles y portadas de firmas conocidas, más para lamentar que para admirar, ciertamente.

DEL MERCADO

Por F. Ribas.

Volviendo a nuestro Ribas, pinta, cultiva la caricatura, el elegante anuncio a todo color—la casa Gal y otras, por ejemplo, tienen en él una adquisición magnífica—, la ilustración compleja de cuentos y artículos... Ha puesto con genial donaire sus lápices en la fachada de muchos libros, como el último de nuestro fraternal Pérez Lugín; y en toda esta variada producción, en que hay primores de detalle, acusa la finura de ejecución más simpática.

Claro que ese trabajo, por su índole especial, no tiene ni casi puede tener tener nada de Galicia; pero baste también con que de aquí proceda el autor, con que venza y... con que sienta esa vehemente necesidad de correr a Bueu para deleitarse con la serena contemplación de las infinitas bellezas de su tierra.

— Me llena de satisfacción — nos escribía recientemente — que la gente se vaya enterando de que soy gallego. Podré no ser un regionalista a ultranza, pero crean ustedes que amo a mi país como el que más...

Chóquela usted, Ribas. Pensando y sintiendo así, es seguro que para la Exposición próxima nos sorprenda usted con algo excelente y regional; que no le faltará un rato de vagar para ello. No quiere esto decir que no nos parezcan muy bien las dos notas humorísticas que envió al presente certamen. Los "Tres apaches" es una página graciosísima, muy fina de observación y de

dibujo, realmente parisina por la traza y por el asunto. Y el "Viejo marino", acaso evocación del Berbés, tiene también un enorme carácter. De modo que el envío estuvo bien, pero quienes no le conocen a usted, no podrían juzgar de su mérito real y efectivo sólo por esa tarjeta de presentación. Por eso se escriben las líneas que anteceden.

Por eso y para felicitarle cordialmente por sus adelantos y por la gallardía con que se abre paso, lápiz en ristre, animoso, tranquilo, riendo a la vida en un medio generalmente hostil.

IMELDO CORRRL

He aquí a otro paisajista gallego que no se parece por su modalidad a ninguno de los citados. Es un impresionista que se caracteriza por los armoniosos contrastes de claro-oscuro, los enérgicos juegos de luz y la yuxtaposición del color sin amaneramiento.

Entiende, como el clásico, que el primer personaje de un cuadro es la luz, y en sus mejores lienzos, y desde luego en casi todos sus apuntes, esplende el sol, filtrándose, tamizándose en doradas rayolas por entre los árboles añosos, iluminando las sombrías cañadas, los sotos, los molinos viejos casi ocultos por la fronda, "veira do río".

Presentó varios cuadros en que su identificación con la naturaleza, su compenetración con el alma de la tierra, se determinan fuertemente. Podrá parecer un poco extraño su procedimiento técnico, que a primera vista se antoja con exceso de detalle; pero pronto se aprecia que, por lo general, es espontáneo, y que no necesita exaltar

los tonos para dar la sensación luminosa, la nota de blandura, de humedad y placidez que persigue.

Entre los cuadros merece cita especial "Ayer llovió aquí", una profunda y archigallega "congostra" coronada de árboles, festonada por brezos, yedras y madreselvas que se abrazan y trepan a los troncos centenarios, esponjándose bajo los rayos solares. Un vaho caliente y oloroso parece exhalar la tierra que fecundó la lluvia de la víspera. El sol, como en un rompimiento escenográfico, presta vida intensa a aquel poético camino hondo. La amplia parte de sombra está entendida con sumo acierto, y el contraste hace grato a los ojos. Es atrevido y está expresado con íntimo sentimiento poético muy de notar en los paisajes característicos de este pintor.

"Castañar" es otro sobrio alarde de esas cabriolas de la luz a través del boscaje. Un cuadro que no se embellece con la mancha del cielo ni con la perspectiva del panorama distante. Está en la nota vibrante del sol reflejado sobre el césped, retorciéndose entre las ventrudas y enraizadas "cañotas", todo el atractivo de este lienzo, que si de algo adolece, es acaso de insuficiente ponderación de los términos. Pero como estudio, tiene cosas muy plausibles.

Un cuadrito pequeño que da mejor, en distinto aspecto, la sensación del campo galaico cuando los árboles se despojan de su pompa lozana, y el

césped, en contraposición, adquiere muy suaves tonalidades de esmeralda, es el denominado "Otoño", en que las tintas ocres del fondo y los vagos contornos de una casuca medio escondida, están entendidos y expresados con una máxima sencillez y la más tierna melancolía. Lo conocimos por haberlo reproducido "La Esfera", y ya entonces nos pareció muy bien.

De la "Corredoira del Cuco" nos interesa el último término, en que también el sol, principal elemento en estas impresiones de Imeldo Corral, reverbera espléndido.

Ved cómo, pese a la melancolía de nuestro paisaje y a su dificilísima luz difusa, hay en él alegría y brío más o menos apreciables, según el peculiar temperamento de cada artista, el paraje, la hora...

Hasta dieciséis apuntes presentó además Corral, y en casi todos ellos ríe y cabrillea la luz sin crudeza, fingiendo amables efectos. Es acaso en estas tablitas donde la sensibilidad del paisajista se ofrece más sin trabas ni preocupaciones, espontáneo, jugoso, en íntima identificación con el terruño.

Tenemos en él, sin duda alguna, un pintor excelentemente dotado, y con personalidad concreta. Un romántico que, sin amaneradas gracias ni extremosos falseamientos, consigue, por ingénito impulso, aciertos harto apreciables. Pinta mucho

y hace tiempo que logró salir, por su propia valía, del montón de lo discreto. De su obra, notable en conjunto, se ocuparon con sincero elogio los críticos de fuera de la región. No es mucho que los aficionados "de casa", al espigar en estos temas, tengamos para el joven y simpático luchador—entregado a sí mismo, como la generalidad de los nuestros—aplausos y palabras de aliento.

Merecidos, ciertamente.

OTROS ARTISTAS

PROFESORES

Celebrándose en La Coruña una Exposición de pintura, era natural que los distinguidos profesores del único centro oficial de Arte que en la capital existe, cooperasen a aquella manifestación de cultura.

Un poco desprevenidos para presentar obras de la importancia que hubieran deseado, dieron, sin embargo, el más simpático testimonio de presencia los Sres. Tormo, Saborit, Santamarina y Cortés. Rebuscaron en el pueblo algunos de sus cuadros, remozaron o ultimaron otros que tenían en sus estudios, y al concurso los enviaron, más que como afirmación de méritos antes de ahora reconocidos, como testimonio de adhesión fervorosa. Un rasgo de modestia y desinterés que les honra mucho.

Educadores de la juventud que dibuja, modela y pinta en aquel establecimiento, su labor docen-

PÉREZ SAAVEDRA

te es meritísima. Con las mismas ilusiones de la juventud—ilusiones que suelen amortiguar los muchos años de profesorado provinciano—, cumplen estos excelentes profesores la misión que como un sacerdocio se impusieron.

No es preciso añadir que las obras pictóricas que a la Exposición llevaron, son dignas de las facultades que les reconocemos, aunque esas facultades estén muy por encima de tales obras de ocasión, reunidas de prisa y corriendo.

Es amable y bello el pastel que Saborit presentó, — dos lindas cabecitas de niños, — y resulta agradable su marina. Claro que Saborit, artista valenciano apasionado por la luz, ha pintado marinas preciosas, verdaderos cuadros decorativos, y que no podría juzgarse por éste al autor de tantos otros muy celebrados; un hombre que de cierto tiempo a esta parte es una verdadera institución como director genial de casi todo cuanto en materia de arte hicieron la Liga de Amigos y otras entidades de La Coruña.

Tormo se muestra muy seguro en la interpretación del carácter y del ambiente gallegos en su "Aldeana", un hermoso cuadro entonado con maestría, que acusa las buenas dotes de colorista y de dibujante del autor. Si algo tuviese de académico, ello nunca sería un mal en un profesor que, como él, domina tan admirablemente la técnica y es diestro en el estudio de los valores. Gus-

tó mucho este lienzo. Un retrato, está ejecutado con tanta espontaneidad como cariño paternal, y "hace" muy bien.

Santamarina, en una composición harto difícil por la agrupación de figuras y la abundancia de desnudos, que titula "Rapete", como en "Finisterre", un estudio de olas batiendo contra las rocas de la costa, es como siempre el artista culto, correcto y devoto del natural.

Da en "Caranza" una nota de marcado matiz galaico, con melancólica belleza, y presentó además un simpático retrato.

Finalmente, Cortés, en sus óleos—dos marinas y un retrato—muy jugosos y bien entendidos, algo dice también de cuánto vale como pintor. De sus exquisitas facultades de dibujante, pueden juzgar día tras día, año tras año, cuantos ven "La Voz de Galicia". Maneja la pluma—en sus monos, en sus retratos estupendos, en las alegorías magníficas, en sus composiciones fuertemente originales—mejor que los que escribimos aquellas páginas. Sin modestia...

Es un dibujante sólido y elegante que raya con una gracia y una soltura extraordinarias. Esta especialidad de la nota gráfica para los periódicos, la cultiva como nadie en España.

Cuando se organice aquí una Exposición de dibujantes, Fernando Cortés (y desde luego sus comprofesores) habrá de presentar cosas admirables.

PÉREZ SAAVEDRA

Profesor del Instituto de Lugo, en aquella ciudad reside y pinta. Le es grata toda manifestación artística, y donde pone la mano, acusa generalmente gusto y originalidad.

Dibuja bien y hace cosas muy cuidadas y estimables. Trajo a la Exposición tres obras, de las cuales se singulariza una, de buen tamaño y mérito proporcionado. Nos referimos a sus "Aldeanas gallegas", cuadro en el que, dentro de la fría manera de hacer del autor, tal vez con exceso meticulosa, hay aciertos, y sobre todo, mucho carácter y un franco sentimiento del natural. Están bien agrupadas las figuras, y fijan más la atención la de la izquierda y la que está sentada. Hay algo de retrato en el conjunto, pero la expresión en general es sincera, y los paños, como los accesorios — de genuino carácter galaico —. agradan, desde luego, por la sencillez y la espontaneidad que revelan. Una pintura que, por lo gallega y lo decorativa, satisfizo a la mayoría de los visitantes.

En "Retazos del pazo" no sintió tan bien el espíritu del país. Se dejó influir por los románticos y peligrosos cromatismos rusiñolescos, que aunque hacen bonito, requieren el vigor y el tempe-

ramento del ilustre pintor poeta, y falseó un tanto el carácter del paisaje, que en otros lienzos reflejó mejor.

El retrato está bien, pero Saavedra, a quien podemos seguir clasificando entre los jóvenes artistas gallegos, hará cosas de más empeño. Sus "Aldeanas gallegas" lo auguran felizmente.

SEIJO RUBIO

En la organización y dirección de este concurso, puso todo su entusiasmo.

Tiene unas grandes dotes de organizador, y como es además un pintor distinguido—con unas facultades mayores que su reputación—, sólo elogios hubo para su actuación inteligente y útil.

Conste aquí, de igual modo que ya va dicho cuánto se debió al espléndido éxito logrado a otros ilustres artistas.

Además presentó Seijo en la Exposición crecido número de obras—paisajes, con excepción de una tela—que denotan la gran voluntad con que se suma al movimiento renovador, y cómo predica también modestamente, desde su esfera, con el ejemplo. Sus afanes pictóricos se encaminan al culto de la interpretación fiel de la Naturaleza, y logra efectos muy agradables. Impresionista de

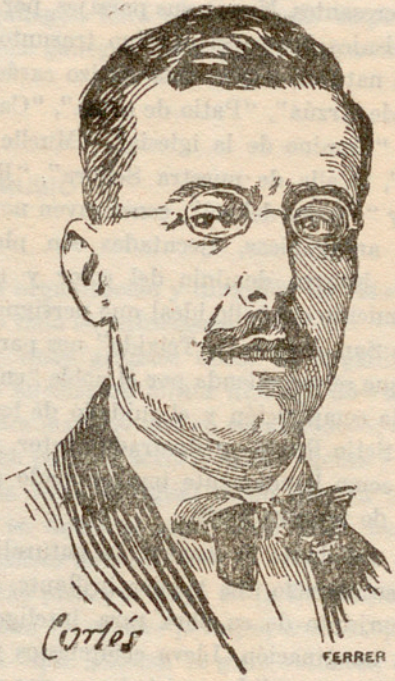
brillantes disposiciones, es de alabar cómo comprende y trata el paisaje dentro de sus tendencias.

La fecunda producción de Seijo Rubio, francamente naturalista, tiene aspectos opuestos, y casi todos interesantes. No son sus paisajes, por lo general, paisajes inexpresivos, sino trasunto atrayente del natural, con el más castizo carácter.

"Pazo de Arzúa", "Patio de aldea", "Castaños en flor", "Camino de la iglesia", "Muelle de la Dársena", "Calle de nuestra Señora", "Ría del Burgo" y "Puesta del sol", constituyen notas difíciles y antagónicas, ejecutadas con plausible facilidad, bizarro dominio del color y un noble sentimiento del bello ideal que persigue. "Romeros de San Andrés de Teixido" nos parece un estudio que se recomienda por el noble "enxebrismo" de la composición y el cuidado de los detalles. Es Seijo Rubio un ilustrado pintor, tan estudioso como hondamente impresionado por las bellezas de nuestro suelo.

Busca anhelante la verdad, la naturalidad, y pone a su servicio una técnica brillante. Denota en el conjunto de su obra rara inteligencia y fecunda imaginación. Lleva compuestos ya muchos cuadros—vendidos casi todos—, que patentizan tan buen arte como extraordinarias condiciones para el trabajo. Por cuanto es modesto, laborioso y hábil, son justos los aplausos que recibe y los afectos de que goza.

SEIJO RUBIO



MANUEL ABELENDA

Pintor coruñés pensionado por el Ayuntamiento de la capital de Galicia, cultivó harto rápidamente en Roma las positivas disposiciones naturales que en él concurren. Desde su regreso, no volvió a salir de La Coruña, encariñado con el terruño nativo y animado por el propicio ambiente; pero cuantos apreciamos su mérito y tememos que, entregado a una práctica ligera de la pintura, malogre tan grandes bienes, deseamos que vuelva a levantar el vuelo.

Cultiva Abelenda con mayor pasión el paisaje, en el que da notas cálidas y nuevas en esta su "segunda manera", después de la fecunda y accidentada excursión por tierras de Italia. Más colorista cada vez, nos agradan preferentemente la espontaneidad de que hace gala, sus contraluces fuertes y cómo entiende y resuelve la pintura al aire libre, con carácter propio ya bastante franco.

Algo influenciado por la magia de otros cielos, tiene cuadros, no obstante, en que da la nota justa de la campiña gallega, llena de melancolía y de paz.

La trasparencia aérea de algunos de sus paisajes—"O souto" entre ellos—, la ligereza (asaz escenográfica) de sus toques, y la justeza de la perspectiva, hacen gratos a los ojos estos prome-

ABELENDA

tedores estudios llenos de brío y de juventud. Pero repetimos que vemos un riesgo en su misma extraordinaria fecundidad y en su permanencia ya larga en este medio, donde, lejos de toda disciplina estética, es tan fácil desorientarse. Reconcéntrese en sí, persevere en el estudio, que ya vendrá la depuración y triunfará, sin duda.

Abelenda, modelo de artistas laboriosos, hace ya cosas excelentes, con clara inteligencia del color y singular intuición. Va bien, pero no derroche su talento lejos de los grandes centros de arte, de los buenos modelos, de los doctos maestros. Quienes hoy le estimulan y le aplauden con el cariño que sus buenas aptitudes inspiran, le admirarán mañana, encantados de sus progresos. Un mañana nada remoto, sin duda.

❖

González de Castro.—Domínguez de la Cámara.—Presentaron subjetivos paisajes de las inmediaciones de La Coruña. Los dos son discípulos de Navarro, y lo que en el segundo es delicado *sport* para amable delectación del espíritu, tiene en el primero mucho de profesional. La ría del Burgo, que inspiró a Llorens su decorativo *panneau* de este mismo certamen, sugirió también a estos dos jóvenes artistas—como a Abelenda—notas discretas y bien entendidas. González de Castro, que es un correcto dibujante y un buen acuarelista, ofre-

REQUEJO

ce una impresión muy dulce y graciosamente compuesta de "La barra". Acaso está mejor elegido el punto de vista en su tablita, que en aquel otro precioso cuadro. Hace bien aquel árbol del primer término, rompiendo la monotonía de la intensa y extensa nota azul del mar y del cielo.

Sus cuadritos agradan generalmente.

❖

Francisco Lamas, de Orense, presentó tres cuadros en que su personal modo de sentir el natural, según la influencia de los maestros con quienes estudia en América, donde ahora reside, se determina con un sello especial. Hay vigor en el procedimiento, y promesas de algo más valioso e íntimo cuando aquellas influencias se desvanezcan. Se nos antojan, por el momento, un poco extrañas; pero desde luego cabe vaticinar que, cuando se emancipe Lamas, dada su valía, llegará a ocupar puesto distinguido dentro de la pintura regional.

Emiliano Balás, con su peculiar habilidad para reproducir y agrupar con una gracia particular, en cuadros pequeños, flores, pájaros y frutas, dió dos sensaciones muy agradables. Es un pintor cultísimo y muy enterado, que lleva trabajado una enormidad en pro del arte regional, y que merece, por sus entusiasmos nunca entibiados, muy calurosas alabanzas.

Vicente Díaz y González.—Lo propio cabe decir de este profesor ilustrado y laborioso, miniaturista extraordinario, que sólo por fervorosa adhesión al certamen y por no dejar de figurar en él, presentó a última hora dos excelentes cuadros ya juzgados con elogio antes de ahora. También el arte gallego le debe una labor constante. Cuando casi todos le volvían la espalda, le ofrendó Díaz sus ardientes cariños.

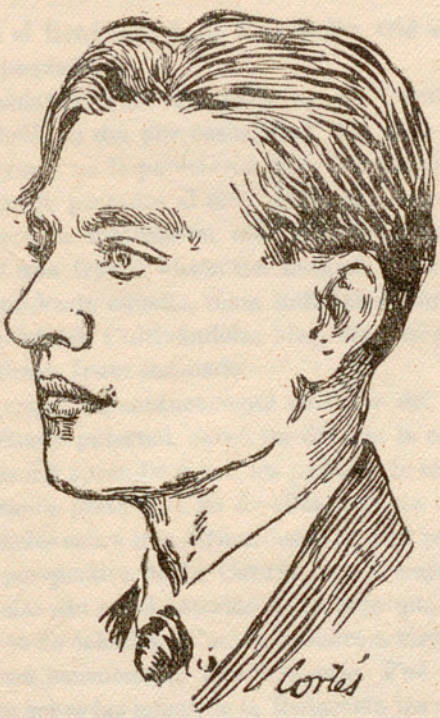
Requejo, — ved su retrato — como *Abello* y *"Nito"*, dieron la nota risueña y cascabelera con originales y regocijadas caricaturas. Tienen gracia y, cada uno en su estilo, revelan aptitudes sobradas para el cultivo del género.

Carrero, con un buen dibujo al lápiz, impresión directa del natural; *Bernardo y Sánchez, Camino, González López, Martínez Buján, Llópiz, Núñez, Ramos López, Somoza, Villaverde, Montes Ramos* y *Millán Pérez,* con paisajes, bodegones y retratos, contribuyeron en la medida de sus fuerzas al conjunto del certamen.

Camino, discípulo de Abelenda, tiene condiciones, como Bernardo, Martínez Buján — muy joven y que ya en esta Exposición ha vendido un cuadro—, Montes, Núñez, González López, protegido generosamente por el marqués de Comillas, y alguno más.

La comisión organizadora fué pródiga en estímulos. Y nosotros también.

JESÚS CONCHEIRO



Fué el Benjamín de la Exposición. Oid su historia pequeñita:

Sotomayor, que veraneaba en La Coruña, lo descubrió un día por casualidad. Vió unos dibujos suyos y no le parecieron mal. Ciertos apuntes de paisaje pintados al óleo sobre una especie de arpillera, le interesaron más. Había espontaneidad y una franca visión del natural. El muchacho que hacía aquello, tenía indudables condiciones artísticas. Cultivándolas bien, era casi seguro que diesen fruto sazonado.

Se erigió espontáneamente en tutor del chico. Generoso y paternal, cargó un día con la caja de colores del aprendiz y con los pedazos de tela que éste había pintado. Uno de ellos, con un macizo de árboles sobre una altura desde la cual se abarca la perspectiva de La Coruña, era el mejor. Estaba clavado en el interior de la caja que servía a la vez de caballete. Vino el maestro a visitarnos, un poco emocionado. Abrió la caja. Fué extendiendo sobre las mesas de la Redacción las modestas manchas de color, y nos invitó a verlas.

—No hay nada de maravilloso, ciertamente, pero no están mal. Hay intención, cosas hechas

con gracia, con un claro sentimiento... ¿Verdad?

Nos contó que el rapacín era operario en la fábrica de Puig, donde ganaba, para sus padres, unos pocos reales. Nos pidió que le ayudásemos.

—Yo, desde luego, me lo llevo a Madrid, a mi estudio; pero una vez allí necesita atender a sus necesidades, vestirse..., ¡vivir!

—¿.....?

—Le tendré a mi lado, le enseñaré lo mejor posible. Pero aquí es necesario que completen la obra dando a Concheiro unas pesetas. El Ayuntamiento... La Diputación... ¿Les parece a ustedes que las darán?

Por aquel entonces hicimos la presentación al público de este pintorcito avispado, puesto felizmente bajo la salvaguardia admirable del maestro. El Municipio acordó entusiasmarse—mediante una instancia del ilustre artista—y dar al muchacho ciertas pesetas. Pero el presupuesto en que las consignaba, no prevaleció. La Diputación, por no ser menos, otorgó otra subvención. Mas sucedió lo propio. De un tajo cercenó la partida "la superioridad", que a veces no quiere entender de arte. Y el joven se vió en situación crítica.

Por fortuna, la iniciativa particular subvino de momento a la necesidad. Un diputado amigo nuestro, el Sr. Barcón, entregó a Sotomayor cien duros para ayudar a Concheiro, y "El Noroeste" logró otros ciento abriendo una rápida y simpática colecta.

Así pudo empezar el simpático rapaz coruñés su aprendizaje en la corte, llevado de la mano por el insigne padrino.

Tan emocionado iba Concheiro al partir, que lloró de gozo.

❖

Volvió—siempre con el maestro—pasados que fueron varios meses. No había perdido el tiempo. Presentó ya tres cuadritos en la Exposición: la cabeza vigorosa y sobriamente entonada de una labradora, un boceto de retrato de su padre y un apunte de paisaje.

Sotomayor volvió a hablarnos de las disposiciones que advierte cada vez más en su protegido:

—Entró pronto y bien en aquel medio. Se despertaron al punto sus dotes naturales y hasta progresó en trato social. Al principio me dió un susto... Le puse a dibujar de estatua, y me encontré con que hacía menos de lo que yo creía. Pero no tardó en soltarse. No había hecho hasta entonces nada de figura, copiando del natural, y menos aún pintando al óleo, y, sin embargo, fué encantador ver cómo aquellas facultades precoces que yo había apreciado en él, se revelaron cada vez más fuertes. Pinta y dibuja con un afán enorme. Vean ustedes esa linda cabeza de moza...

—En la cual alguien cree ver el pincel de usted...

—¡No, no! ¿A qué equivale engañarnos? Todo lo hizo él. Palabra. Lo que hay es que tiene un don de asimilación tremendo, y como se sirve de mis modelos e imita mi modo de hacer... Yo ya le dije: Cuando no me copies en nada y hasta prescindas de mi técnica en absoluto, comenzarás a ser pintor.

—¡Hombre, por Dios!

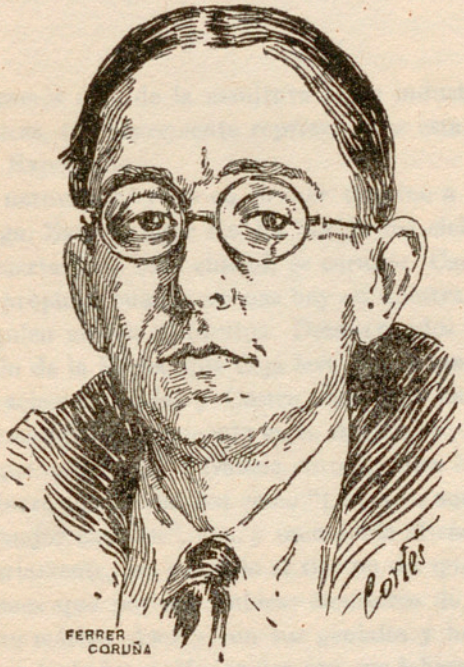
—Decididamente, vale el rapaz. Es como una planta que de día en día sube con nuevos brotes y mayor lozanía... Si no se malogra, ¿quién sabe adónde podrá llegar, con el estudio, con el trabajo asiduo? ¡Pero es una pena! Si no le ayudan...

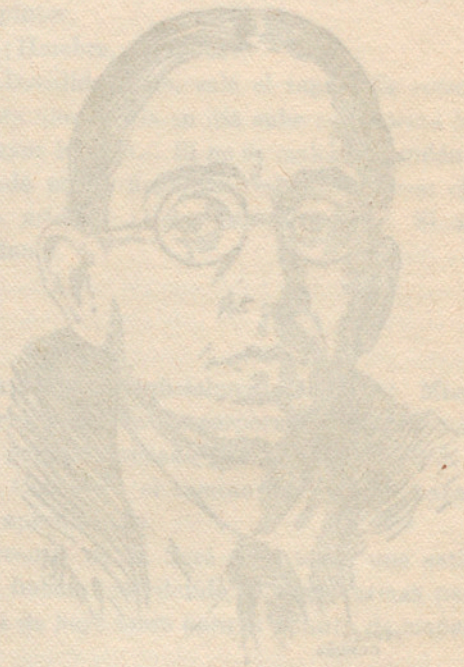
❖

Es verdad..., oficialmente al menos. Mientras se arregla eso de las corporaciones, otra suscripción popular iniciada en "La Voz", abre de nuevo a Concheiro el camino de Madrid, para que siga aprendiendo.

Creemos en él. Será para todos una satisfacción haber contribuído a darle armas para la lucha de hoy, acaso para el triunfo de mañana...

MADARIAGA





Digamos algo de la escultura y las industrias artísticas, tan brevemente representadas esta vez en la Exposición.

Es natural referirse en primer término a Madariaga. Este escultor nos ha llovido del cielo, y por suerte para esta ciudad, es coruñés. Cae en hora propicia, cuando apenas hay en nuestra tierra quien modele y esculpa. Desaparecidos San Martín de la Serna, que dejó leve rastro aunque tuvo aciertos; Vidal y Castro, que algo importante significó un momento en la estatuaria; Broces, que caracterizó a Galicia en originales obras de género tan celebradas como "¡Aquí..., aquí!", "La mejor elección", etc., y oscurecido Mirás voluntariamente, iba pasando el tiempo sin que supiésemos que por acá hubiese escultores de verdadero mérito. Asorey con sus geniales y humorísticos trabajos, y Magariños con sus labores de talla en madera, tienen un sello y un carácter peculiar. Son los dos algo aparte.

Madariaga es joven; vivió en París, y en aquel ambiente exquisito de arte, sintió la vocación

irresistible de concretar en un pedazo de mármol los vehementes anhelos de su espíritu cultivado.

Oyéndole referir sus andanzas por museos y talleres, devorado por divina fiebre, con sed abrasadora de ideal, ocúrrese pensar que antes de que hubiese manejado las herramientas de escultor, tallaba ya con la imaginación. No es cosa de referir cómo sus facultades hubieron de manifestarse, ni cómo se hizo notar la exuberante florescencia de su personalidad. A nosotros llega en pleno vigor, sorprendiéndonos por la pureza de su estilo, lo firme del dibujo y la gracia no exenta de austeridad en el blando manejo del mármol.

Es un artista mozo, de recia contextura espiritual — ya va apuntado antes —, que se revela como un psicólogo capaz de inmaterializar en la materia pensamientos y almas.

En algunas de las obras que exhibió, evocadoras del pasado, se nos antoja clásico; mas su clasicismo en la forma no es óbice para que sea también personal y moderno en la ejecución.

Su cabeza "Dolor" ha sido considerada como la mejor de las presentadas. Es, en efecto, una de las que más honda emoción producen, por la intensa realidad que la anima, por el rotundo acierto con que el artista supo convertir en carne y en músculos el barro y el bronce bajo sus manos. Aquel rostro en que la suprema angustia se refleja, no parece expresar sólo el dolor del individuo. Diríase que condensa, exalta y simboliza el

DOLOR E. de Madariaga

dolor de la humanidad, con la más serena melancolía.

"Alma castellana" demuestra cómo el gusto francés no se adueñó del artista, que volviendo los ojos a la patria española, encuentra en ella y en su gloriosa tradición escultórica, amplio horizonte para sus concepciones. Severa y majestuosa, la figura de Castilla parece erguirse sobre la llanura, abarcando en una luminosa mirada, la lejanía infinita, igual y sin ondulaciones, como sus cabellos, que caen sencillamente demarcando el rostro, estilizados, heridos apenas por el cincel con leves surcos, como los que el arado abre en el seno de la tierra próvida.

La cabecita de niña es algo encantador, de una placidez y de una elegancia refinadas. El mármol, en este bellísimo estudio lleno de carácter, como en otras suaves cabezas de mujer de amable claro-oscuro, que fueron ornato del certamen y descanso de los ojos, parece dúctil materia que el escultor modela a su antojo sin violencia. Estos retratos—que retratos son sin duda, como el del decadente con que Madariaga, genial, quiso animar un pedazo de piedra—tienen vida y expresión reales. Maravilloso triunfo del arte el de trocar con tal perfección en figuras animadas que son la verdad misma, toscos materiales informes, infundiéndoles aliento y haciéndoles vivir vida perdurable!

El busto en bronce del doctor Rodríguez, tiene el arranque bravo y seguro que cuadra a esta cabeza tormentosa. La blandura característica de Madariaga, su manera de hacer fina y sutil por excelencia, tórnanse en esta obra todo brusquedad y energía, acusando un desdoblamiento curiosísimo y feliz de la personalidad del escultor-dueño de su arte.

Desde luego, por estas y otras fragmentarias cuanto vibrantes manifestaciones, se ve que el notable escultor coruñés concibe, imagina, sueña con algo más fuerte y definitivo. Hace bien. Ahí están como demostración de la amplitud de su pensamiento, las reproducciones fotográficas de dos esculturas de más alto empeño y de tan opuesta tendencia como "Salomé" y "Teresa de Jesús". Fué gran pena no haber podido traer a la Exposición ambas obras, en que mejor se determina, sin duda, el valimiento del artista.

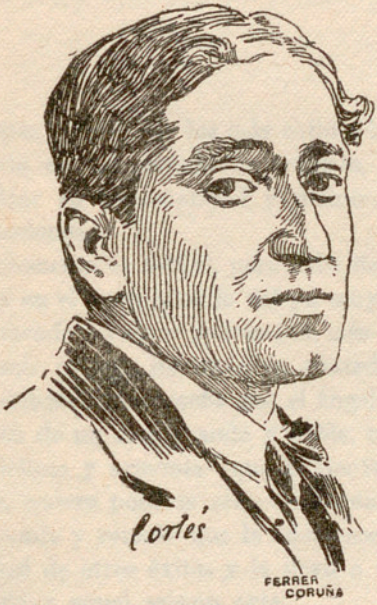
Las notas imprecisas en la fotografía, hácennos adivinar bellezas que da el natural. Nos ofrecen en mayor escala aspectos y modalidades. Los bloques de mármol, desbastados apenas, en el afán de grandes síntesis, por Rodín singularmente preconizado, insinúan en líneas viriles o tranquilas, la poética traza de las figuras. Se ve cómo Madariaga depura, concreta y sutiliza en un ansia noble de remontarse sobre lo vulgar.

Cuando sea llegado el momento de que con vigoroso impulso haga surgir triunfadora la obra

que dará justo testimonio de su valía, y en la que a la belleza de las actitudes, a la majestad del continente, a la corrección del modelado en miembros y ropajes, se una la magnífica sobriedad de procedimiento que en estas cabezas de ahora apreciamos, Galicia, que al presente le saluda como a un artista de mérito, habrá de aclamarle, conmovida al ver cómo en él reverdecen—dentro de los preceptos de las modernas orientaciones—aquellos viejos laureles que con Gregorio Hernández, Felipe de Castro y el mismo Ferreiro, tan grande como desgraciado, dieron un tiempo garimosa sombra y singular prestigio al arte galiciano en el maravilloso conjunto del arte español.

Madariaga, tan joven, anduvo mucho camino en poco tiempo.

ASOREY



Artista joven y de los más calificados de Galicia, está en un período de tránsito, fluctuando por fijar su personalidad y definir mejor sus orientaciones.

El momento es difícil, pero cabe fiar en el talento y en el buen sentido del ya muy justamente celebrado escultor gallego; el más característicamente gallego de nuestros contados escultores. Celebraríamos mucho que el ángel bueno que le habla de un arte grande y noble, todo serenidad, belleza y armonía—que él siente tan bien, cuando quiere ponerse serio—venciese al diablillo jocundo y retozón que le adormece con la comodidad de otros éxitos y le lleva a veces a caricaturizar aquel mismo arte.

Es ya una pena que trate de encasillársele francamente entre los humoristas. El da motivo es cierto, llevando buena parte de su obra por ese camino y enviando sus trabajos al "Salón" que en Madrid celebran aquellos señores con cierta peridiocidad. Asorey no puede ir muy lejos

por ese camino y sería un gran dolor que así malograse las poderosas facultades que en él apreciamos.

Con depurado buen gusto y una sensibilidad que, por encima de todo, le sustraen a lo que es chabacano y deleznable, hará muy mal si a estas alturas no toma su arte por el lado más difícil, es cierto, pero también por el más glorioso. Si a ello se decide, seguros estamos de que alcanzará honra y provecho. Cuestión de voluntad y de trabajar con fe, perfeccionando sus espléndidas dotes. Hágalo con un bravo gesto antes de que lo malee la caricatura y sea tarde. Es un consejo sincero de leales admiradores.

Deje que se infiltre en él el alma de Compostela; siga recogiendo como lo hizo ya en algunas de sus obras magníficas el espíritu que anima a la ciudad de piedra, reflejado en monumentos arqueológicos, en pórticos de maravilla, en esculturas soberbias, en cuanto evoca el pasado y es al presente orgullo de la urbe jacóbea; imprégnese cada vez más del ambiente artístico de Galicia, donde las magnas obras de otras edades son manantial inagotable de inspiración lozana y cuando tan íntima y consustancial sea esa identificación (que para bien suyo queremos). Asorey hará algo grande y definitivo. Es seguro. Si quiere, puede.

En su envío a la Exposición regional, se apreciaron bien las dos tendencias entre que batalla.

POBRES

Por Asorey.

Todo acusa al artista con verdadero rango de tal, pero le preferimos en "Beneficiado", en "Relicario"—trasunto interesante de la cabeza de Santiago que guarda la basílica santiaguesa—, en "Tránsito"—tal vez un símbolo del estado de ánimo de Asorey—y en los mismos bajorrelieves "Deseo" y "O Campo", no por lo mucho que valgan los dos, precisamente, sino por cuanto acusan nervio del escultor que copia bien el natural y sabe realzar la belleza y el vigor de la forma. En un friso, pensado y desarrollado como Dios manda, harían admirablemente estos estudios de arte grande. La cabeza del clérigo, en yeso patinado, tiene un intenso carácter legendario y llama justamente la atención.

En obras de esta índole, en "Maternidad", en la magnífica medalla conmemorativa del homenaje a Marcelo Macías que acabamos de recibir, se ve cuánto vale Asorey y de cuánto será capaz consustanciado con su tierra.

En "Rezos" y "Caballeros-negros", como "En altar de la forma", "Lo jondo" y en la caricatura de Castelao—la otra tendencia—, nos gusta mucho también ¿a quién no?, pero le admiramos y aplaudimos con los temores y las reservas antedichas. Se aprecia en las composiciones primeras una gran armonía. Hay belleza y gracia en las agrupaciones de figuras, en el modelado, en la traza espontánea y llena de emotividad. Nótase en los otros dos grupos, a la par que soltura y

brío en la línea, cierta influencia goyesca y desde luego zuloaguesca..., que puede ser perniciosa. Bien está, en suma, que Asorey, para satisfacción y regalo de su espíritu zumbón, juegue en estas preciosas y geniales creaciones y hasta haga socarronas caricaturas románicas..., pero insistamos en que este género, aun con todos los refinamientos y humorísticos rasgos personales que se quiera, no le dará mayor gloria.

Que es lo que sobre todo, y muy de veras, le deseamos por los siglos de los siglos... Amén.

❖

Otros artistas jóvenes hacen sus primeras armas con trabajos felices, discretos y hasta algunos muy apreciables por lo que prometen.

Esperábamos más de Campo Sobrino, pensionado que fué en Roma de la Diputación de Pontevedra. Se ha adormecido un tanto, y no tiene derecho a ello quien tan plausibles condiciones revela en la cabeza con mantilla. Es menester, Sr. Campo Sobrino, que para la Exposición próxima, le veamos a usted con mayores ánimos!...

Díaz Baliño, es una esperanza digna de estímulo. Sus dos retratos en barro cocido, revelan francas aptitudes, como el estudio en yeso, en que hay valentía y espontaneidad.

López Mirás también es un muchacho trabajador y entusiasta, en quien se puede tener confianza.

En "Meditación", demuestra el autor una gran voluntad y un deseo ardiente de pelea. Está bastante acertado en sus retratos en barro, sobre todo en el de dos de los niños, muy sobriamente tratados y modelados blandamente. Cuando Mirás no sienta la imperiosa necesidad de hacer estas cosas de encargo, ni a destajo, podrá producir cosas mejores. De lo que vale cultivando la escultura y la talla aplicadas a las industrias artísticas, da idea el bargueño estilo renacimiento que también exhibió, y del cual se hicieron muchos elogios en su día. Hay en este hermoso mueble, figuritas y detalles de una ejecución irreprochable.

Rodríguez Luard, con su "tragedia" del beso expresó con timidez un pensamiento poético. Cabe presumir en él más claros aciertos.

La escultura — descartado ya Madariaga—no dió más de sí.

MAGARIÑOS

Varios amigos estuvimos recientemente en el taller de Magariños, al final de la calle de Los Laureles, en Santiago. Hablar de laureles en casa de un artista, es como repicar a gloria, pero Magariños, modesto y aplomado, no se paga de apariencias ni simbolismos. ¡Bah! Es un hombre sereno y ecuánime. No divaga ni se deja dominar por la imaginación. Prefiere el estudio y el trabajo disciplinado.

En el taller—amplio como la nave de un convento—, que bañaba el sol, había el ajetreo de una gran industria en marcha. Varios artífices, en mangas de camisa, andaban a mazazos con grandes perchas de madera, desbastándolas, dándoles poco a poco traza artística. Otros, con escoplos, formones y gubias, parecían empeñados en singular batalla con media corte celestial: santos y santas, angelotes rollizos, patriarcas venerables... Aquí modelaban unos en el barro o consultaban croquis. Allá doraban otros a fuego unas ménsulas deliciosamente talladas, o preparaban un vaciado en yeso. Los aprendices, con largos mandilones y unas terribles caras de "rillotes",

llenos de agudeza, iban y venían acarreando troncos recién aserrados, limpiando el piso de virutas y palitroques...

—¡Magariños!

El maestro salió de una especie de antetaller tan rebosante—el local—de ideas y proyectos, como el propio artista. En Galicia entera es popular este hombre simpático y llano, proveedor escultórico de la mayoría de los pazos, de las rectorales, conventos, ermitas y santuarios de la región, donde centenares de imágenes milagrosas, salidas de sus manos, están pidiendo a Dios por él desde los altares; altares tallados también con primor por Magariños.

—Caramba!...—nos dijo—. Miren ustedes cómo me encuentran. En pleno trajín... Sin cuello, con las manos sucias... Estoy bocetando aquí "esto" con arreglo a un diseño que me enviaron... ¿Dónde está el diseño? Es muy malo...

Revolvió carpetas hidrópicas de apuntes, de estampas, de plantillas, de planos. Abrió y cerró vitrinas en que se desmoronaban, medio reventados por el uso, los gruesos volúmenes de historia del arte, las fotografías de retablos, sagrarios, púlpitos, muebles artísticos, Cristos, Dolorosas, artesonados y baldaquinos, esculpidos tiempos atrás en el taller... Levantó la pesada tapa de arcones y pupitres, tan repletos de papelotes, que amenazaban con desbordarse... Santiago Apóstol

sonreía desde un ángulo, caballero en su blanco corcel...

—Aquí me tienen siempre "a ello". Pasen... Trabajo no falta, que es lo primero, pero son cosas industriales, por regla general, que es fuerza despachar pronto... Cuando cae algo importante que requiere fijar los sentidos, sí que da gusto. Se trabaja con fe. Pone uno todo su afán en lucirse... Algo tenemos ahora que enseñar... Pasen...

❖

Maximino Magariños, discípulo predilecto de Sanmartín, de Brocos, de Mirás, es sin duda el más notable y perseverante cultivador de las artes plásticas aplicadas a la industria que tiene Galicia. En cierto modo, en su taller—donde los discípulos cantan alegres y sienten una enorme devoción por el maestro—parecen condensarse, en aquel aspecto peculiar, las gloriosas tradiciones santiaguesas de escultores, orfebres, pincelistas, grabadores, retablistas, herreros, arquitectos, maestros de obras, pintores y azabacheros, cuyas semblanzas bosquejó admirablemente Murguía en un libro famoso.

La juventud obrera santiaguesa que dibuja y modela en la Económica y en las aulas de la Escuela de Artes, debe a Magariños gratitud since-

ra por cuanto, dentro de los medios de que dispone, proporciona a sus afanes artísticos expansión propicia y remuneradora. Mantiene la fama de las nobles tallas que fueron prestigio de la ciudad, y consagra su afán a crear un plantel de muchachos aptos para desarrollar en un porvenir cercano, las felices aptitudes que hoy revelan.

Una de sus preocupaciones fervientes, es conservar en cuantas obras ejecuta, el carácter propio de la escuela gallega. Goza inculcando este principio a sus discípulos. No es el tallista imitador y rutinario ni el vulgar desbastador de madera sin otra preparación ni guía que la inspiración del momento, sino el artista capacitado que ama su tierra y que exterioriza sus dotes en muy bellas obras, cada vez que halla ocasión.

Sus retablos, que son gala de tantos templos y oratorios particulares; sus esculturas religiosas, que se caracterizan por una gran sencillez y naturalidad, sus muebles suntuosos, en que hace admirables alardes de buen gusto, dentro de cualquier estilo, hablan muy alto en favor de Magariños. Claro que nos referimos a las obras que cuida, a aquellas a que dedica personal interés en sus horas de idealidad, como el espléndido tríptico, trasunto del pórtico de la Gloria, que tan justos elogios mereció en la corte; el oratorio, en que la imagen del crucificado y los románicos capiteles son un prodigio de ejecución; los vasos de boj cuajados de figulinas, genuinamente gallegas; las

arcas que allá se van en punto a riqueza decorativa con los bargueños y arquillas de otras edades; los santos—no de "batalla"—en que los rostros tienen mística expresión y los paños están tratados con gracia y soltura, y las imágenes son correctas y proporcionadas; los sagrarios floridos, las sillas monacales, las ánforas cinceladas...

Nos mostró esculturas en azabache que son una preciosidad. Tan delicada industria, que tuvo en Galicia un soberbio desarrollo, parece florecer en este taller compostelano.

Esto de las industrias artísticas debe preocupar mucho para la próxima Exposición, no sólo a Magariños, sino a cuantos otros gallegos las cultivan en sus más interesantes manifestaciones: plateros, grabadores, forjadores de hierros artísticos, encajeras, bordadoras, ebanistas, esmaltadores, ¡hasta los que hacen las bonitas y prácticas jarras de junco, tan famosas en la provincia de Lugo! Todo ello hay que fomentarlo y cultivarlo debidamente.

❖

Dentro de muchos años, cuando se prosiga el estudio del arte en Santiago, el historiador o el crítico que encuentren algunas de sus excelentes obras, rendirán a Magariños elogioso recuerdo.

—Muy largo me lo fían ustedes...—nos replicó él cuando alguno de los visitantes apuntó la idea remota—. La pena está en que ahora, mientras uno vive y trabaja, haya gentes ricas de la región que encarguen afuera esas cosas que, como ustedes ven, pueden hacerse aquí perfectamente, sin falsa modestia.

Es verdad. Pero eso es muy nuestro. Por fortuna, Magariños produce mucho—excelente, bueno o mediano, según le pagan—; su taller respira actividad y no corre el riesgo—¡qué ha de correr!—de mendigar nunca la sopa a las puertas del convento de San Francisco, como aquel otro santiagués sin ventura, Antonio Fernández, escultor de positivo mérito, de que Murguía nos habla, ni de emigrar pobre, enfermo y descorazonado como tantos otros...

❖

A la Exposición envió Magariños—que estaba un poco desprevenido—sólo dos arcas. Ambas llamaron justamente la atención por lo notable de la talla, lo rico de la ornamentación y lo sobrio y artístico de las alegorías del "Quijote". Estando muy bien, dan, sin embargo, débil muestra de lo mucho bello que él sabe hacer.

—Mi mercado para estas cosas, poco frecuentes

aquí—nos decía—, está en Barcelona, en la Argentina, en los Estados Unidos... ¡Las arcas, retablos y muebles sujetos a estilo y cuidados con mimo que yo he enviado allá! Eso sí, procurando conservar siempre la personalidad gallega. Mi empeño está en que se conozca que en Santiago se cultivan las tallas artísticas!...

¡Oh, Magariños! Si tu arte y tus santos no te salvasen, esto sólo bastaría a llevarte al cielo derechito, para dar allí un beso en la frente al maestro Mateo, inspirador sublime de todos los artistas santiagueses...

Hª d'art Gallego
Ex. Extr.
ARTEGAL 1917. Bar
INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPANICO
R 8023
ID.BIB. 33434

Precio, 2,50 pesetas.

ART[GAL]1917.Ba